

PER BR7 .S65

Solidaridad.



Digitized by the Internet Archive
in 2016

<https://archive.org/details/solidaridad2151unse>

Solidaridad

15



Diciembre 1944

B U E N O S . A I R E S

Otro fin de año

*S*al terminar el año 1944 posamos los ojos con imparcialidad sobre el mundo, el panorama que se despliega ante nuestra vista es indiscutiblemente el de la más horrible destrucción en el orden económico, artístico y en una palabra, material; el de la máxima crueldad y sacrificio de vidas cual no lo imaginó jamás la historia y el del confusionismo más espantoso en todos los órdenes.

Imposible sería comentar en estas páginas detalladamente, el desastre universal que presenciamos. El grito de nuestro dolor quedaría ahogado de inmediato dentro de la angustia de tantos millones a quienes no se les arrancó la vida, pero cuyos seres queridos fueron bárbaramente sacrificados, cuyos cuerpos fueron mutilados, cuyos ideales tronchados, cuyas ilusiones definitivamente extinguidas. En el sexto año de guerra estamos frente a ese panorama: ante millones de seres semienloquecidos, ante un mundo que el mismo se ha vuelto loco pero de locura furiosa. Todos los valores se han subvertido. No sólo los que se refieren a conceptos básicos sobre el derecho y la justicia y los que respectan a los puntos de vista de los más grandes políticos sino hasta los que atañen a la interpretación y el significado de los términos mismos del lenguaje. Esta guerra indescriptible, ha contribuído hasta este punto increíble a la inmoralidad general. Y en este detalle, que no es de poca importancia, queremos reparar en estas páginas.

La conflagración de 1914 comenzó como una oposición, como un choque entre los intereses imperialistas de las grandes potencias. Sólo después de tres años de lucha y ante la caída y traición de Rusia por una parte y luego por otra, ante la intervención de Estados Unidos en el conflicto, se habló de guerra ideológica. Y se comenzaron a barajar y gastar los términos de: "libertad de pueblos", "paz jus-

ta basada en una *Sociedad de Naciones*", "eliminación de armamentos", etc., etc. ¡Cuántos sueños y luego cuántas mentiras!

La presente guerra, comenzó precisamente en la forma contraria: con solemnes proclamas alusivas a ideales de libertad, de dignidad humana, de democracia verdadera, de justicia internacional y social. Cuando parece que está por definirse el conflicto y cuando Rusia (que al principio colaboró abierta, franca y positivamente con Alemania) entra, se diría, involuntariamente en la contienda; se transforma visiblemente el sentido de los ideales proclamados al principio y en los que fundaban los grandes estados su dolorosa y obligada intervención en la guerra.

La Carta del Atlántico, que por un momento constituyó la esperanza de tantos pueblos, resulta ahora una conversación amistosa en una reunión sin mayor importancia y hasta podría afirmarse que nadie la recuerda, sobre todo desde que fuera sustituida por la conferencia de Teherán que dividió al mundo en esferas de influencia respecto de las grandes potencias.

Ahora bien, los pueblos que estaban decepcionados por la inconsistencia de los pactos y por la inseguridad de los tratados y que confiaban en el restablecimiento de este orden del honor y de la palabra dada aunque fuera a costa del sacrificio inmenso de tantos seres, cosas y costumbres ¿podrán ahora confiar con más seguridad que antes?

Es evidente que, como el comienzo de esta formidable conflagración se enmarcó en ideales mayúsculos, proclamados con palabras no menos solemnes y sonoras, habría resultado poco honroso y aun peligroso ante la opinión pública renunciar abiertamente a tan grandes lemas. Por eso, los términos: "justicia", "democracia" y "libertad", no han desaparecido del vocabulario utilizado por los estadistas, por la prensa, por la radio y en general por la propaganda. Ahora bien, los hombres y los pueblos que todavía creen en aquellos grandes ideales deben estar profundamente preocupados por la realidad actual, que no corresponde a los mismos. Es cierto que las palabras no han cambiado, pero ¿responden por ventura a su significado, es decir a lo que se significaba con ellas al principio de la contienda?

La confusión acerca del sentido de algunas magníficas palabras, debe ser muy general y muy comprometedor cuando el propio primer ministro de Inglaterra Mr. W. Churchill se ha creído en el deber de aclararlas.

Recordemos su patético discurso comentado por los diarios el 6 del presente mes, en el que se ve forzado a declarar lo que significa "libertad y democracia" para defenderlas contra "sus disfrazados y peligrosos amigos".

Cito al pie de la letra sus palabras, tomadas del diario "La Prensa" del 6 de diciembre de este año 1944. Dice:

“Estamos de pie sobre los cimientos de libres y justas elecciones basadas en el servicio y el sufragio universal. Vale decir, lo que consideramos los cimientos de la democracia. Muy distintos son mis sentimientos sobre la estafa de la democracia, una democracia que se llama democracia porque es el ala izquierda.

Intervienen todas las tendencias en la composición de una democracia, no solamente el ala izquierda, y aun los comunistas. No me parece que un partido o una agrupación deba llamarse democrática porque se extiende más y más a las formas más extremas de la revolución. No acepto que represente necesariamente a la democracia porque se torne más violenta a medida que va perdiendo en número.

No puedo aceptar que ninguna de éstas sea la democracia. Hay que tener algún respeto por la democracia, y no emplear el vocablo con demasiada ligereza. La última cosa que se parece a la democracia es la ley de las turbas, en que bandas de delincuentes provistos de armas mortíferas penetran por la fuerza en ciudades griegas apoderándose de puestos policiales y secciones principales del gobierno, empeñándose en introducir el régimen totalitario.

No tasemos tan bajo a la democracia, como si solamente se tratase de apoderarse del poder a manotazos y fusilar a quienes no están de acuerdo con nosotros. Esa no es democracia. Es su antítesis.

“La democracia no se basa en la violencia ni en el terrorismo, sino en la razón, en el “fair play” (juego limpio), en la libertad, en respetar a los derechos de otras gentes lo mismo que la propia ambición. La democracia no es una meretriz que un hombre con un fusil ametralladora se lleva de la calle. Confío en las masas populares de casi todos los países, pero me agradaría cerciorarme de que es el pueblo, y no una cuadrilla de bandidos de las montañas o de las afueras que piensa que por la violencia puede atropellar la autoridad del estado”.

Ni un niño de “Jardín de Infantes” dejará de entender que los “disfrazados de amigos de la democracia” a quienes alude Mr. Churchill son los comunistas. Y si es verdad que la confusión (en este orden de conceptos) se volvió enorme cuando Rusia intervino en el conflicto como aliada de las democracias, no es menos verdad que el aporte ruso al triunfo aliado fué explotado en forma amplísima en favor del comunismo que, con todo cálculo sacó una enorme ventaja en la propaganda, por el silencio de unos y la admiración de la mayoría. Y de aquí que una gran parte de la misma opinión pública aliada haya caído ingenuamente en la trampa hasta persuadirse de que un pueblo que se defiende tan eficazmente como el ruso debe necesariamente ser una de las mejores sino la mejor de las democracias.

¿Cómo pudo Rusia erigirse en país defensor de la democracia, la libertad y la justicia si jamás hubo menos justicia, menos libertad y menos democracia que ahora en el ex imperio de los zares?

Tomemos, para demostrar nuestro aserto, la definición de democracia que nos da el mismo primer Ministro de Inglaterra Mr. Churchill, para que no pueda tildársenos de parciales. En el citado discurso se define a la democracia como a un régimen basado en elecciones y sufragio libre. Mucho podría escribirse tanto sobre las elecciones como sobre el sufragio libre, pero aun colocándonos en la

posición más optimista es harto sabido que en la U. R. S. S. ningún partido puede intervenir en elecciones excepto desde luego, el partido comunista que es el único de hecho.

Podrán citárse nos leyes y propagandas de diverso género, en las que aparentemente se declaman libertades múltiples. Lo cierto es que cada uno de los ciudadanos rusos sabe perfectamente que no puede optar sino entre dos alternativas: una, la de votar en favor del partido comunista; otra, sencillamente la de no votar.

Ahora bien, los que se deciden a no votar conocen también con absoluta certeza los resultados de su "libre" abstención. La imaginación de cualquiera que no sea un supino ignorante de las cosas rusas, vuela de inmediato a los campos de concentración, a las mazmorras, y a todo género de los más crueles vejámenes.

Este procedimiento "democrático de elecciones" lo aplica la U. R. S. S. no sólo en los comicios internos sino también en los llamados plebiscitos, que se organizan en los países ocupados por las tropas del Mariscal Stalin.

En confirmación de lo que acabamos de afirmar, nada mejor que recordar a nuestros lectores el plebiscito llevado a cabo no hace mucho en Polonia oriental. En dicho plebiscito "libre" se obligó a votar al mismo vicecónsul inglés Mr. Masey, a quien no le valió invocar su carácter de ciudadano inglés ni las múltiples notas de protesta enviadas desde la embajada inglesa en Moscú.

Si a un ciudadano inglés, hijo de un país aliado de Rusia y además funcionario público, nada menos que vice cónsul, se le constriñó a que votara "libremente", en la forma que acabamos de relatar, cae de su peso que los ciudadanos del país invadido habrán sido tratados por lo menos, no en mejor forma ni con mayor libertad. Es francamente sarcástico hablar de libertad en Rusia y en los países ocupados por la U. R. S. S.

Por lo que respecta a la democracia del imperio del Mariscal Stalin, ¡risum teneatis!, ésta resulta la más flagrante contradicción y la más cómica paradoja. Sería juego de bebes taparse los ojos con las manos hasta el punto de no ver que Rusia constituye el estado más totalitarista del mundo y al mismo tiempo el principal peligro para la auténtica democracia. Es preciso advertir a nuestros lectores que en este artículo no nos referimos al pueblo ruso sino al estado que maneja a su antojo a este pobre y sufrido pueblo, cuyas últimas generaciones creen, sin duda, que viven en el mejor de los mundos, aislados con un cerco más ancho y más alto que la muralla china, del resto de la civilización.

Y decimos del "resto" de la civilización para que no se piense que se la negamos totalmente a la U.R.S.S., aunque francamente no sabemos qué clase de civilización puede detentar Rusia, desde que también los pueblos bárbaros y las tribus indígenas lograron reunir enormes ejércitos que fueron empujados a la lucha. Lo cierto es que

ni los ejércitos ni los triunfos de Rusia demuestran la democracia de Rusia, sino precisamente todo lo contrario.

Por lo que toca a la justicia que se ejerce ahora en el antiguo imperio zarista, hablan muy elogiosamente de ella las deportaciones de millares de personas a Siberia, las frecuentes "purgas" aun de dirigentes y las matanzas en masa y sin juicio alguno, por el único delito de no estar "totalmente" de acuerdo con el comunismo. Y de propósito no queremos referirnos a otros muchísimos aspectos sociales, religiosos y morales respecto de los cuales no solamente no se practica justicia alguna sino, al contrario, se aplican procedimientos los más injustos concebibles. En la breve y ya larga historia del comunismo ruso (que es el comunismo internacional) podríamos citar a millares los casos que conocemos de hechos sangrientamente injustos.

•

¿Y la libertad? Desde hace 25 años, en Rusia no existe libertad alguna. Y todavía hay gentes tan ciegas e ilusas que pretenden convencerse y convencernos que en la U. R. S. S. se goza de libertad de expresión y de pensamiento.

¿Hay libertad de expresión en un país donde no existe periódico alguno que no pertenezca al partido comunista y que no proclame, defienda y elogie el programa del señor Stalin? ¿Hay libertad de expresión o de pensamiento allí donde no puede formarse partido ni grupo político alguno independiente? ¿Puede existir alguna clase de libertad frente a un gobierno que no tolera ninguna especie de oposición y ni aun la más simple discusión a sus puntos de vista?

Y, sin embargo, día a día leemos en los periódicos que los rusos dieron libertad a tal o cual ciudad y libertaron a docenas de aldeas. ¿Qué clase de libertad puede dar el comunismo, que no ha tolerado jamás ninguna, ni en el propio seno de la U. R. S. S.?

La única afirmación que se podría tolerar, cuando se mencionan victorias o avances rusos consistiría en aceptar que han logrado dar expulsión a los alemanes ocupantes, pero no que han dado libertad. *Nemo dat quod non habet*, nadie da lo que no tiene; y en Rusia, de hecho la palabra "libertad" es una palabra mala o totalmente desfigurada.

El señor Churchill, por otra parte, ha censurado a los comunistas griegos en forma decisiva y en términos contundentes. Estamos de acuerdo con el primer Ministro inglés en sus terribles conceptos para con los comunistas de Grecia, pero es lamentable, por la democracia misma, que político tan inteligente y hábil no haya aclarado mucho antes la significación de los vocablos. Porque, no es sólo en la opinión aliada en general sino en la opinión pública británica donde el primer Ministro encuentra la más fuerte oposición. "Quien siembra vientos, recoge tempestades", dice el refrán. La ope-

sición actual y las dificultades que continuarán muy pronto y que surgirán necesariamente como nacen los hongos después de los aguaceros, no serán sino el lógico y natural resultado del confucionismo causado por llamar democracia al comunismo y demócratas a los comunistas. Esto, por lo que toca a un aspecto de este confucionismo babélico en que se revuelve el mundo y en el que no hay nada que no se haya mezclado, subvertido y desnaturalizado.

Por otra parte, hay algo más grave. Se trata de esa especie de "moral doble" (fruto asimismo de la confusión en términos y conceptos) aplicada a un mismo tiempo según las regiones, es decir, los intereses. Por una parte, se ataca y destruye con las armas al comunismo griego; por otra se presiona al "gobierno legal" de Polonia para que ceda a las exigencias del Comité comunista creado e impuesto por Rusia.

El señor Churchill sabe muy bien y lo sabemos todos, que el gobierno Polaco en Londres es el gobierno de Polonia y el que reconocen y obedecen todos los partidos, esos mismos partidos políticos que se oponen unánimemente al Comité de Lublín apoyado sólo por esa ínfima minoría polaca que ha dado en llamarse "Partido comunista polaco".

No, este juego doble y de auténtico cuño liberal, sólo puede conducir y no en mucho tiempo, a las fauces mismas del comunismo total que, entre paréntesis y filosóficamente, considera a la democracia inglesa como al peor enemigo.

Por de pronto, esta política da como resultado la esclavización de Polonia, aunque, para colmo de paradójica confusión, se denomina a esta esclavitud, ante la opinión mundial, con las presentaciones solemnes, sonoras e inexactas del ritual falsamente democrático. Y así, se habla de la libertad e independencia de Polonia si se somete a las libérrimas y democráticas exigencias rusas.

El señor Churchill, indiscutiblemente, debe sostener ahora una batalla difícil contra las consecuencias de la propaganda hecha en favor del "democrático régimen ruso", propaganda que fué cantada en tono mayor por toda la prensa democrática del mundo.

Anticipamos, sin temor alguno de errar, que las limitaciones que se hagan a la libertad esencial y verdadera en los pueblos mismos que se encuentran dentro de la esfera de influencia anglosajona, darán como resultado próximas reacciones mucho más dolorosas que las experimentadas. Y esto, prescindiendo y a pesar de la defensa que se pueda hacer a la libertad en los demás países.

Corremos riesgo de hacernos pesados con tanta insistencia, pero es indiscutible que ha sido un error fundamental, llamar "democracia" el "comunismo". Estábamos en lo cierto cuando hace ya tiempo lamentábamos el confucionismo hasta en los términos. El mismo pueblo inglés y el norteamericano nos dan ahora la razón al oponerse en forma tan inequívoca al señor Churchill. Y no podía existir

otra reacción si se suponen bienintencionados a los pueblos inglés y norteamericano. Con lógica irrefutable, se preguntan ahora estos pueblos: ¿Cómo es posible que después de haber alabado tanto a la "democracia comunista" la ataque ahora el propio señor Churchill al llamar la "antítesis de la democracia"?

En síntesis: si en forma simultánea se defiende la democracia (en los países que están bajo la influencia anglosajona), y esa misma democracia (en los países de influencia rusa) es entregada a merced de la violencia totalitaria comunista, llamando "demócratas" a estos opresores absolutistas y censurando como antidemocráticos a sus víctimas, que representan la enorme mayoría del pueblo; imagine el lector los catastróficos resultados a que puede llevar al mundo esta doble moral y este deliberado confusionismo hasta en el sentido de un mismo vocablo.

No hace mucho, publiqué un folleto titulado: "Varsovia en llamas" que me hizo el honor de prologar, mi amigo Mons. Gustavo J. Franceschi. La insurrección de Varsovia detallada en dicho folleto, al que remitimos al lector, constituye la más noble y decidida protesta contra esta doble moral. Por ahora esta doble moral ha sido de funestas consecuencias para el noble y católico pueblo polaco a quien el Papa ha llamado "pueblo mártir", pero muy pronto será de desastrosas consecuencias para Europa y para el mundo.

Cito aquí las angustiosas palabras del señor Pragier, Ministro polaco de Información y Propaganda, publicadas por "El Diario", el 5 del corriente mes. Dice así:

"La resuelta voluntad de nuestro pueblo de vivir una vida independiente ha sido demostrada al mundo entero durante el levantamiento de Varsovia. Doseientos mil civiles —tal es la estimación alemana— han pagado con sus vidas por este testimonio, y nuestra capital ha dejado de existir, arrasada actualmente. ¿Cuál fué la razón de este holocausto? El propósito de los hombres y mujeres que fueron a morir fué proclamar, en forma que sacudiese la conciencia del mundo, que no estarían contentos con una falsa independencia, con una fingida libertad, y que preferían una muerte horrible a vivir en cautiverio. Su simple programa es nuestro programa. Rechazamos la esclavitud. Rehusamos firmar nuestra propia condena de muerte. La política de concesiones unilaterales, sin ningún equivalente, sin las garantías de que haya un fin para nuevas demandas perentorias, es una política de capitulación, es una política de Munich, y traerá finalmente la misma miseria, los mismos desastres y la misma vergüenza, resultantes de tan desdichado acuerdo. El apaciguamiento nunca ha sido una política recomendable para las democracias libres, en ningún tiempo. El gobierno polaco conoce ampliamente las dificultades que tendrá que encarar, pero no las evadirá... He creído siempre que los pueblos amantes de la paz no pueden abandonar la causa de ninguna nación libre, sin el máximo peligro para ellos mismos. Defendiendo los derechos polacos y su justa causa, estamos luchando, no solamente por nosotros mismos, sino también en interés de todas las naciones unidas. Estamos luchando por su honor y su integridad, por la igualdad entre las naciones, por el respeto a la palabra empeñada y en defensa de ideales y principios más

importantes que las demandas de momentánea eficacia, e indispensables para ganar la paz”.

El primer grito de protesta digno, justo y sangriento, ha resonado en Varsovia y en Polonia con clarinada de elegía y con retumbar épico de dolor. Los gritos futuros y quizá muy próximos del mundo, serán rugidos de fieras ante el cósmico y definitivo final de todo.

Y para que no se me pueda tildar de parcialidades para con el pueblo milenariamente católico de Polonia, quiero citar las palabras textuales de la mayor autoridad moral de la tierra, el Sumo Pontífice Pío XII, dirigidas no hace muchos días a un grupo de soldados polacos. Dijo así Su Santidad:

“Vuestros dolores, vuestras angustias, son también nuestras. Tan grandes son esos dolores y esas angustias. Después de haber aumentado a través de los años, han llegado en estas últimas semanas a un grado raramente alcanzado en la historia de las naciones y de los pueblos, concentrando sobre vuestra patria las miradas de todo el Universo. Se fijan ellas con atención particular sobre Varsovia, sobre la ciudad heroica de tan rico nombre, de noble historia y de tan trágicos y sorprendentes acontecimientos. Cualquiera que conserve en su alma el menor sentimiento de justicia y humanidad queda estupefacto y aterrado. Todo el que se entera de ello se apena, si el relator deja entrever la espantosa realidad. Varsovia, la ciudad aureolada por el encanto de una civilización exquisita, en que los extranjeros mismos experimentan la seducción. Varsovia, transformada por sus propios hijos en una prisión de fe, en la que estaban solos para resistir el cerco, en que las madres y los niños soportaron indecibles torturas físicas y morales, separados, aislados del resto del mundo.

“¿Prisión de fe? No, más aún: crisol donde se purifica y se afina la calidad más alta. Tan profunda como la compasión que inspiran sus sufrimientos, lo es la admiración que surge ante el coraje de los luchadores y de las víctimas. Unos y otros han hecho ver al mundo a qué alturas puede elevarse el heroísmo engendrado y sostenido por los más nobles sentimientos de honor, por las más firmes convicciones de la fe cristiana”.

Después de las autorizadas y patéticas expresiones del Romano Pontífice que, si son un aliento para el católico pueblo polaco, constituyen también un tácito y angustioso llamado a la justicia; no nos queda nada que comentar respecto al confusionismo de esta hora en que termina el año 1944. Diríase que el presente año agoniza enloquecido gritando salvajes y suicidas disparates. Pero lo grave es que esta muerte de loco se toma como muerte de cuerdo, sin reparar en este caso que los términos y conceptos locos tomados como cuerdos, matan más que las balas porque destruyen el cuerpo y el espíritu, porque aniquilan el entendimiento, la conciencia y la moral, porque terminan con todo.

Es menester que los gobernantes y dirigentes de esta hora catastrófica echen mano de todos los recursos, que serán pocos, para salvar a esta pobre humanidad entristecida y loca.

Quiera Dios compadecerse de la pequeñez y miseria de estos hombres enranecidos, que todavía después de la más brutal experiencia de nuestros talentos, tenemos la ceguera y el orgullo de no querer levantar la cabeza para pedir perdón.

No otra será la forma de reconstruir todo lo que hemos deshecho (y lo hemos deshecho todo) sino ésta: la de pedir perdón a Dios de lo que hemos entorpecido como hombres, para comenzar como niños con su gracia a reconstruir de nuevo lo que Dios nos entregó para nuestro bien, incluso la libertad.

Sobre la gruta de Belén hay una estrella de luz y en su derredor se oyen cánticos que el mundo no ha sabido comprender:

“Gloria a Dios en las alturas y Paz
a los hombres de buena voluntad”.

Enrique Benítez de Aldama



Balada blanca

—¿De dónde vienes, mariposa inquieta?

—De atravesar el iris con mis alas.

—¿De dónde vienes, niño, ojos de lluvia?

—Del cielo que en mis ojos se retrata.

—¿De dónde vienes, recogida nieve?

—De ver a Dios que en la montaña calla.

—¿De dónde vienes, ruiseñor con luna?

—De oír a Dios que entre la noche canta.

—¿De dónde vienes, tú, poeta?

—He visto,

Señor, un niño con el alma blanca.



Piedra y agua

En violines de piedra
pone su arco el agua.
Es un músico ciego
que sin estrellas canta.

La piedra es blanda
sólo para el agua.

La piedra es toda ojos,
pero es tan ciega el agua
como unos ojos negros
o azules donde entrara
la luz y no saliera.

No sabe nada el agua.

Y la piedra le cuenta
todo: de la mañana
y de la noche, el cielo,
la luz divina y maga.

Y el agua oye y se ríe
y la piedra se ablanda.

El agua corre siempre
a tientas y callada.
Tan sólo entre las piedras
canta.

LUIS GOROSITÓ HEREDIA

Solidaridad

REVISTA MENSUAL

DIRECCION Y ADMINISTRACION:
Calle SARMIENTO 412 - Piso 1.°
U. T. 71 - 8090 - Buenos Aires



Solidaridad de los Católicos
Americanos
para la unidad del continente.
Unidad del continente
para la paz del mundo

Año II

Diciembre de 1944

N.° 15

Las pruebas del cristianismo

● Meditación filosófica



¿CÓMO saber que la doctrina de Cristo, la verdad, proviene de Dios?
Diversos fundadores de religiones también pretendieron traer la
revelación de Dios.

No basta, pues, afirmar el origen divino de su doctrina. Es pre-
ciso probarlo. El mismo Cristo entiende las cosas así, cuando dice:
"Si soy yo, el que doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verídico".
"Si yo me glorifico, mi gloria no vale".

Es necesario que *intervenga Dios* para garantizar que viene realmente de El
la doctrina que nos presentan como su palabra. Mas, ¿cómo se ha de entender
esta intervención?

Para ser reconocida como *divina*, debe, necesariamente poseer algún carác-
ter transcendente, o en otras palabras debe traspasar las fuerzas de toda natu-
raleza.

Gracias a estas circunstancias es que el hecho en cuestión se ha de imponer
a la atención general, al punto de excitar la "admiración"; de ahí viene el nom-
bre de "milagro" (*miraculum*).

El milagro antes de ultrapasarse las fuerzas físicas debe ser un hecho de
orden sensible, sino fácilmente se expondría a no ser percibido, y en este caso,
no despertaría la admiración general e impediría que los espíritus buscaran a
Dios que se oculta tras el hecho.

La posibilidad del milagro está implicada en la existencia de Dios, *Creador*

del universo. En efecto si Dios (como enseña el monoteísmo) produjo por su voluntad todo cuanto existe, puede también intervenir a su beneplácito en el orden de las cosas que El propio estableció: puede contrariar las fuerzas naturales o, por el contrario auxiliarlas para producir efectos superiores a ellas.

Las intervenciones de Dios, los milagros, deben traer siempre el sello de la sabiduría divina, de su grandeza, de su belleza; por consiguiente jamás podrán ser frívolos, mezquinos, indecentes; serán dignos, nobles, sobrios.

Los fenómenos maravillosos que a veces se ven aparecer en las sesiones espiritistas o que se leen en la vida de Buda, de Nanaque (fundados del psiquismo), de Maavira (fundador del jainismo), de Mahoma, etc., no pueden venir de Dios; son mistificaciones, mitos o leyendas de gusto bien equívoco la más de las veces.

La posibilidad del milagro, está implicada en el monoteísmo, decíamos recién, es inconcebible que la encontremos en cualquier otro sistema religioso. En efecto, como hemos dicho, el milagro es una especie de brecha abierta en la naturaleza. Para realizarlo es necesario una fuerza capaz de oponerse a la naturaleza, capaz de estorvarle los esfuerzos, de contrariarle las fuerzas.

Es por lo tanto necesaria una fuerza trascendente, sobrenatural. Es por eso que todos lo que niegan la existencia de Dios, como los ateos, o aquellos que lo confunden con el mundo, como los monistas panteístas, deben *a priori* (en virtud de su sistema metafísico) negar cualquier milagro. Por lo que es absolutamente inútil discutir con ellos los milagros. Sería necesario primero corregirles el sistema metafísico.

Todo aquel que admite el monoteísmo, admite al mismo tiempo la posibilidad del milagro. Mas de las simples "*posibilidades*" al "*hecho*" hay una buena distancia por vencer. No se conjeturan milagros, es preciso probarlos. Y en caso de haber duda sobre si es verdadero el milagro o apenas un efecto de las fuerzas naturales, se debe descartar el milagro. Este sólo se admitirá cuando se tenga probado que el hecho en cuestión ultrapasa las fuerzas de la naturaleza.

Por eso Cristo no exige que le creamos bajo palabra. Hemos vistos diversos textos a este respecto. El siempre apela al testimonio del Padre. "El Padre que me envió, El mismo dió testimonio de mí".

¿En qué forma dió el Padre testimonio de Cristo? Este nos responde: "Si yo no hago las obras de mi Padre no me creáis, mas si las hago lo mismo que no me creáis, creedme en la mismas obras, a fin de saber y reconocer que el Padre está en mí y yo en el Padre". "Las obras que hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí".

Es por los milagros que Dios da testimonio de Cristo, y garante la autenticidad de su *misión divina*.

Los milagros relatados en los Evangelios fueron realizados en condiciones que nos ofrecen todas las garantías.

¿Qué era preciso para aceptarlos? Tener los sentidos en estado normal. En efecto, se realizaban en pleno día, delante gran número de testigos, de los cuales muchos eran personas instruídas y de esos, muchos enemigos de Cristo, que esperaban una ocasión para perjudicar en el espíritu del pueblo, desenmascarando sus fraudes, si por acaso él cometiese alguno, y así desprestigiarle. Ahora, estos que negaban sus milagros, intentaron explicarlos atribuyéndolos a intervención demoníaca.

Los milagros de Cristo se realizaron en *condiciones* extremadamente *diver-*

sas sin grandes preparativos, como de pasada. Nada tienen de esotérico, nada de encubierto, nada de misteriosos, como los prodigios espiritistas que para realizarse precisan obscuridad, instalaciones (cuarto oscuro) en las cuales nadie puede penetrar, de escenas que excitan los nervios, impresionan los sentidos, exaltan la imaginación, perturban el raciocinio, sacan del dominio de sí mismo a las personas que las presencian.

En los milagros de Cristo, cada uno podía verificar el hecho, que era simple a más no poder. Este último punto exige sin embargo una explicación. En un estudio especial publicado hace algunos años discutimos las curas que se leen en la vida de una persona, célebre estigmatizada originaria de Baviera. Demostremos que ninguna de esas curas podían ser aceptadas como milagrosas. Así por ejemplo, fué súbitamente curada de *ceguera* que la afligía desde hacía cuatro años. Desgraciadamente, esta ceguera nunca fué constatada por un examen objetivo (médico).

Ahora bien, ese examen era necesario para reconocer el milagro en la cura referida. Durante todo el tiempo de la enfermedad, los ojos de esa persona no presentaban en apariencia nada particular, salvo un notable alargamiento de las pupilas; por otra parte, tal ceguera se produjo después de un ataque de nervios particularmente violento y de naturaleza emocional; además los cuatro médicos que la trataban en sus diversas molestias, observaron que los ojos de la paciente reaccionaban perfectamente a los estimulantes apropiados, por ejemplo, las pupilas se contraían normalmente bajo la acción de la luz. No estaba, pues, probada en forma alguna la lesión orgánica. La ceguera podía ser puramente funcional, de naturaleza psíquica y el restablecimiento de la visión podía operarse del mismo modo, por las fuerzas naturales.

Son totalmente distintas las curas de ciegos relatadas en los Evangelios. Cristo curó instantáneamente un "ciego de nacimiento", cura ésa oficialmente constatada por los padres y conocidos, "ciego de nacimiento" y "ciego después de una crisis nerviosa" son dos cosas diferentes.

Nos cuentan aún, que esa joven bávara fué milagrosamente curada de una *apendicitis aguda*, de una *neumonía*, de una *herida* en un *pie*. Estudiando atentamente la etiología de estas molestias en esa persona, la evolución de ellas y las circunstancias que acompañaron a la cura, nos vimos obligados a poner en duda el carácter milagroso de esas curas. Estas perfectamente podían realizarse por proceso natural. Ahora prestemos atención; ninguna de esas enfermedades se ven mencionadas en los Evangelios. Además de las curas los Evangelios citan otros hechos como milagros. Está fuera de duda el carácter sobrenatural al punto de transcender las fuerzas naturales. Los propios racionalistas están de acuerdo con nosotros. Solamente procuran poner en duda la *historicidad* de ellos. Con este fin recurren a diversas suposiciones, de las cuales las principales son "la hipótesis del mito" y la "hipótesis del acaso". Según la primera los milagros serían *mitos* introducidos en los Evangelios. La fragilidad de esta hipótesis salta a la vista. El nacimiento de los mitos exige plazo más considerable, porque es imposible a testigos oculares construir mitos sin recurrir al fraude. Sabemos que los autores de los Evangelios eran contemporáneos de Cristo y hasta sus discípulos, además en el momento en que los escribían, aún vivían gran número de testigos oculares de la vida de Cristo.

Con respecto a la segunda hipótesis, la del *acaso*, no tiene mayor valor que el precedente. Según esta hipótesis, el milagro sería una coincidencia puramente fortuita entre ciertas palabras y gestos de Cristo por un lado, y ciertos acontecimientos por otro. Por ejemplo, sería casualidad que las palabras de Cristo "Joven yo te mando levantarte" dirigidas al que llevaban a enterrar en Naim,

fueran seguidas por el despertar de éste. Porque en realidad él no estaría muerto; lo estaba en apariencia.

Esta hipótesis, tan inverosímil a primera vista, se torna absurda si consideramos el hecho a la luz de la más elemental *psicología*. En efecto, si al enfrentarse al cortejo fúnebre, Cristo pronunciase las palabras citadas sin tener conciencia de su poder divino sobre la vida y la muerte, sería este un procedimiento propio de un hombre de juicio extraviado. Porque decir semejantes palabras en tales condiciones sería exponerse, pensando el caso, a la burla de todos sus discípulos y de un público inmenso, sería portarse de una forma absurda.

Y lo que dijimos acerca de la resurrección de un muerto en Naim, también se aplica a la tempestad aplacada por las palabras de Cristo, la multiplicación de los peces, el cambio del agua en vino, etc.

Diremos aún una palabra sobre la resurrección de Cristo. Merece atención especial en razón de su transcendencia *sui generis*.

Ningún adversario del cristianismo explica naturalmente la resurrección de Cristo, a tal punto ella excede la fuerza de la naturaleza. Se empeñan únicamente en demostrar que ella no se produjo. Mas tal empeño presenta de todos los lados dificultades enormes, de los cuales el principal es este: tres días después de la Crucifixión de Cristo y de su deposición de la sepultura, hallaron *vacía esa misma sepultura*. ¿Cómo explicar este hecho? ¿Quién retiró a Cristo de la sepultura? Por cierto que no fueron los *judíos*. Porque procediendo así habrían contribuído en hacer aceptar en el pueblo la idea de la resurrección de Cristo, idea que ellos querían destruir a cualquier precio. Los pone en evidencia las intenciones y diligencias que los judíos realizaron junto a Pilatos. Le pidieron mandase guardar el sepulcro hasta el tercer día, a fin de que no hurtaran el cuerpo los amigos de Jesús y dijeran al pueblo: "Resucitó entre los muertos". Esta última impostura, alegaban ellos, sería peor que la primera.

Cuando poco tiempo después todos los apóstoles se pusieron a predicar la resurrección de Cristo, bien se sabe cuánto hicieron en contra los judíos. Hicieron cuanto podían a fin de quitarle todo crédito a la prédica y el mejor medio de haberlo conseguido habría sido precisamente el de presentar los restos mortales de Cristo en la sepultura.

No, no fueron los judíos los que retiraron a Cristo de la sepultura. ¿Quién fué entonces? ¿Los Apóstoles? Esta sugestión no es más plausible que la anterior. Para comprenderla basta considerar el estado mental de los Apóstoles en el momento de la prisión de Cristo. Estaban enteramente desorientados, desanimados. Habían creído que Cristo iba a restaurar el reino de Israel. Aun en la víspera de la muerte de Cristo discutía el lugar de ese reino. Y he aquí que acababa de ser ignominiosamente suspendido aquél en que tenían depositado todas las esperanzas. El no cumplió la promesa o no podía hacerlo. En cualquiera de los dos casos no merecía más confianza. Eran ellos demasiado simples, demasiado ignorantes para comprender el sentido de la pasión de Cristo. Esta constituía para ellos una verdadera piedra de escándalo. Todos, con excepción de uno solo, Juan, lo abandonaron; uno de ellos, justamente aquel en que Cristo acumulara los más señalados favores, llegó a negarlo formalmente; se dispersaron llenos de tristezas y de miedo, antes los victoriosos y terribles enemigos de Cristo y se escondían de ellos.

En ese estado mental se hallaban incapaces en absoluto para ejecutar un acto de semejante energía: robar el cuerpo de Cristo. Por otra parte, el sepulcro estaba guardado por soldados romanos, disciplinados y bien armados. Y finalmente ¿para qué lo robarían? ¿para hacer creer al pueblo que El resucitó? Sería

una odiosa mentira, una impostura criminal. Tal como nos lo da a conocer la Escritura y la Tradición poseían ellos una rectitud natural, demasiada lealtad para poder cometer un crimen tan exorbitante. Una vez más, ¿para qué lo robarían? ¿qué esperaban lucrar ellos con eso? Sufrimiento, persecución, y por fin la más cruel de las muertes, y ¿después de la muerte? El castigo del Dios remunerador que ellos habían predicado toda la vida. No. No es posible semejante *absurdo*, atribuir a los Apóstoles el robo del cadáver de Cristo. Por eso mismo esa hipótesis nunca fué seriamente sustentada.

Pasemos a la última hipótesis, de gran aceptación en ciertos medios contemporáneos. Según dicen, Cristo no *habría muerto* en la cruz; habría sido sepultado vivo. Por lo cual pudo salir de la sepultura sin el milagro de la resurrección. Esta hipótesis no se basa en ningún argumento positivo; es pura fantasía.

Y esa fantasía se halla en flagrante contradicción con gran número de documentos apodícticos los cuales atestiguan que Cristo murió verdaderamente en la cruz.

Mencionaremos algunos de ellos. En primer lugar, la declaración unánime de los Evangelios; todos ellos narran la muerte de Cristo y dan varios pormenores, a los cuales volveremos. Ni los judíos, ni los paganos, osaron jamás negar la realidad de la muerte de Cristo, aún cuando se esforzaban por negar el dogma de la resurrección. *Otro argumento*: todos saben hasta que punto los *Fariseos* hacían cuestión por ver a Jesús morir en la cruz; si hubiesen tenido la mínima sospecha acerca de su muerte, no habrían permitido que lo retiraran de la cruz y lo sepultasen, de haber sido necesario habrían acabado de matarlo. Por lo tanto, estos encarnizados enemigos de Cristo, dan testimonio de su muerte en los propios términos del pedido que dirigen a Pilatos, a fin de concederles una guardia junto a la sepultura de Cristo. “Señor, nosotros nos acordamos que cuando ese impostor, aún estaba vivo...” Los *soldados* romanos y *Pilatos* confirman a su modo que Cristo estaba realmente muerto. Los primeros “quebraron las piernas” a los dos hombres crucificados con El, mas se abstuvieron de hacerlo con el propio Cristo, hallando perfectamente inútil quebrar las piernas a un cadáver. Cuidadosamente los Evangelios registran ese pormenor. Vayamos ahora a *Pilatos*. Cuando José de Arimatea le pide el cuerpo de Jesús para sepultarlo, él le da la autorización solicitada, pero no lo podía hacer sin tener el relato oficial de la muerte del condenado. En esa circunstancia el relato fué redactado por el centurión. El Evangelio también consigna este hecho.

Ahora el *último argumento*. Lo encontramos en las siguientes palabras del Evangelio: “Uno de los soldados atravesó el costado de Cristo con la lanza, del cual salió sangre y agua. El que lo vió da testimonio de eso”. No nos importa saber por qué el soldado se acordó de hacer esto. Lo más verosímil es haber querido certificar la muerte de Cristo. Mas, fuese cual fuese su intención, el resultado de esto fué lo mismo: confirmar la muerte real de Cristo. Para esto no precisamente demostrar que fué muy profunda la herida hecha por el soldado basta reparar que la herida en el costado de Jesús le siguió la expulsión de sangre y agua. Esto demuestra claramente que Jesús ya espiraba. En efecto, observaciones realizadas en los que fueron víctimas de muerte agónica, muestran que en el momento en que se para el corazón, el ventrículo derecho se llena de sangre, al coagularse, se divide en dos capas superpuestas; la inferior presenta el color vermellón, la superior transparente. Esta a su vez se divide en dos partes; una enteramente líquida o serosa y la otra fibrosa o gelatinosa. Esta descomposición de la sangre sólo se produce algún tiempo después de la muerte. “La sangre y el agua” que arrojara el costado herido de Cristo trae así una nueva confirmación de su muerte.

Llegamos así a la siguiente conclusión: Cristo realmente murió en la cruz. Y la sepultura vacía sólo se puede explicar por la resurrección de Cristo. Esta fué claramente anunciada por el mismo Cristo como prueba suprema de su misión divina; fué confirmada por las numerosas apariciones de Cristo resucitado realizadas en condiciones que nos dan todas las garantías de un hecho real. Se realizaron a la luz del día y ante testigos que de crédulos nada tenían.

En efecto, al principio los apóstoles no creían a las personas que les anunciaron la resurrección de Cristo. Algunos llevaron la incredulidad al extremo; se obstinaron en no éreer en la resurrección de Cristo sin verificarla con sus propios sentidos. Y esto a pesar de constatar que estaba vacío el túmulo de Cristo y a pesar de los testimonios de ciertas personas que aseguran haberles aparecido Cristo resucitado. Fueron precisas muchas pruebas y muchas evidencias, para que ellos las pudiesen aceptar. Pero entonces se operó en sus almas un profundo cambio. Abandonaron el Cenáculo donde se habían encerrado por temor a los judíos; se dispersaron por el universo entero a fin de propagar la resurrección de Cristo. Nada los desanimaba, nada los detenía en su camino apostólico. Humillación, persecución, los más crueles tormentos, la muerte que los amenazaba, todo eso redoblaba el celo de los apóstoles, aumentándoles las esperanzas de la resurrección gloriosa que les aguarda y de la vida futura en Cristo resucitado. Por lo tanto los milagros realizados por Jesucristo y particularmente su resurrección nos llevan a la siguiente conclusión: luego Jesucristo fué verdaderamente, aquél que decía ser, fué enviado de Dios, Hijo de Dios, Hombre-Dios.

Pero la lógica nos lleva más lejos: *Si Jesucristo es realmente Dios, su palabra es infalible.* Ella no puede engañarnos ni inducirnos al error. Luego todo cuanto El enseña con respecto a Dios, de la vida del más allá de la muerte, del camino que conduce a la vida eterna, todo es absolutamente verdadero. Su religión posee todas las garantías de la verdad; es la única verdadera.

Paulo Siwek, S. J.



¿Que habéis visto, pastores?

Recital de Navidad

I

EN la noche de Navidad cantaron los ángeles y lloró el niño Jesús. Pero es más dulce para el alma oír los vagidos de Dios, que oír el cantar de los ángeles.

Por eso la Iglesia, al contemplar con San Pablo este "sacramento grande de piedad", exclama fuera de sí: —"¿Qué habéis visto, pastores?..."

Y era natural que los ángeles invitaran a los pastores, pues nadie como ellos —símbolo de sencillez y de pureza— había de reconocer y agasajar mejor al corderito de Belén, al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo y por el cual había sacrificado La Ley antigua tantos millares y millares de corderos.

Fué, pues, una delicadeza de Cristo, "Príncipe de los pastores", como le llama San Pedro, convidar a los pastores a las alegrías del nacimiento.

Y era natural también que la Iglesia, la esposa del Cordero (en expresión del evangelista San Juan), la esposa que tantas veces había dado aquel recado amoroso —"Pastores, los que fuéredes, Allá por las majadas al otero..."—, era natural que les preguntara: —"¿A quién habéis visto, pastores? ¿Quién ha aparecido en nuestra Tierra?..."

II

En aquella noche del nacimiento —comparable tan sólo a la otra de la resurrección— comenzaba a celebrarse la "primera misa" de la Tierra: misa solemne, que había de terminar en la cruz. ¿Cómo había de faltar el Gloria? ¿Cómo había de faltar el Credo?...

El Gloria lo entonaron los ángeles: Gloria in excelsis Deo...

El Credo lo cantaron los pastores: —"Y fueron presurosos y hallaron a María y a José, y al Niño reclinado en el pesebre... y se volvieron glorificando y alabando al Señor sin cesar... (Luc. 2, 16...).

Ver a un niño reclinado en un pesebre y salir de allí "alabando y glorificando a Dios", ... ¡verdaderamente nuestro Credo, a la letra!

Y por eso, como a testigos de nuestra misma fe, les pregunta hoy la Iglesia: —¿A quién habéis visto, pastores?...

¡Qué habían de ver en el altar!: vieron el Ara inmaculada, aquel Ara que

hace exclamar a la Iglesia en un responso del tercer nocturno: Bienaventurados los pechos que amamantaron a Cristo Señor.

Y dentro del Ara, como reliquia preciosa, el corazón de la Reina de los mártires.

Y encima del Ara, la hostia blanca: "Hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam, panem sanctum vitae aeternae et calicem salutis perpetuas" (palabras del Canon de la Misa).

III

Vieron, pues, los pastores al Autor de la Vida, puestos los labios en aquella "Fuente sellada".

¡Qué bien ha hecho Dios en poner el corazón de las madres tan cerca de las fuentes de la vida infantil!: así el niño tiene que tomar su primer alimento "amasado con amor".

Pero en Belén el misterio era inmensamente más dulce y más profundo: el nacimiento de Jesús se había reducido a pesar de las entrañas de una virgen al corazón de una mártir.

Todo estaba en silencio mientras el Corderito de Dios se apacentaba entre azucenas. Y entretanto la Reina de los ángeles preparaba para los hombres un pan de ángeles.

Todo estaba en silencio; pero el niño, cuyo entendimiento humano era un prodigio de ciencia, escuchaba con atención los latidos de aquel corazón materno, que desde el principio de su ser había latido siempre por su Dios: oía aquellos latidos como el tic-tac de un reloj de amor; como quien oye el compás de la vida, de aquella vida tan musical y armoniosa.

Dormía el niño sobre el corazón de la madre, oyendo allá dentro una música deliciosa: música con alas, música que los ángeles no pueden remedar: la celestial virginidad.

La madre, a su vez, con fe inmensa, sentía sobre el pecho los latidos del corazón de Jesús y los labios de un Dios que se acercaban a ella, más bien para besarla.

Este era el dúo de amor que escuchaban fascinados los pastorcitos, más dulce y melodioso que el canto de los ángeles.

IV

Creados los ángeles en las alturas, habían sondeado muy bien los abismos de la Justicia divina, pues los ángeles del Cielo tenían compañeros en el Infierno: compañeros que tantos males habían ocasionado a los hombres.

Erá, pues, razonable que los ángeles buenos se asociasen al hombre en la guerra contra los ángeles malos.

Los ángeles del Infierno habían puesto a la Tierra en guerra contra el Cielo, y desde entonces quedaron reñidas la Justicia y la Paz; pues cuando el hombre vuelve las espaldas a Dios, se queda de cara a la desgracia.

Al encarnar el Verbo, la Justicia y la Paz se besaron; y como la gloria externa de Dios había de consistir en manifestar a la vez su Justicia y su Misericordia, como un solo rayo de su Serrayo a la vez ardiente y luminoso —el abrazo de la Justicia con la Misericordia en el Cielo traía consigo el ósculo de la Justicia y la Paz en la Tierra; resultando así "en la mayor gloria de Dios, la mayor felicidad del hombre".

Los ángeles, que habían echado la sonda hasta el Infierno para medir los abismos de la Justicia, bajan hoy en persona hasta la Tierra para medir los abismos de la Misericordia; y concedores a un tiempo de lo que estaba ocu-

riendo en el Cielo y en la Tierra, hacen el resumen de sus visiones en este canto de gloria:

“¡Gloria a Dios en las alturas y en la Tierra paz a los hombres, elegidos gratuitamente por pura benevolencia de la voluntad divina!”

V

Y si del gloria pasamos al Credo: —¿A quién habéis visto, pastores?... —Al Verbo hecho carne.

Vieron y sintieron los pastorcitos aquéllos cómo la Palabra del Dios tomaba “cuerpo”, cómo Dios “pronunciaba su Palabra eterna”, haciéndola sensible e inteligible a los hombres.

Porque Jesús es la Palabra pronunciada del Padre: pronunciada entre lágrimas divinas, pues Jesús nació llorando en nuestro valle de lágrimas.

Y esta palabra del Padre, algo dice a quien entiende la lengua del Padre o sabe al menos leer en sus traducciones.

Es la Palabra hablada de nuestro Padre; pero hablada hoy muy bajito, deletreada casi en silencio: es preciso no hacer ruido para oírla; es menester inclinarse sobre el pesebre para poder interpretarla.

VI

Y esta Palabra es la Verdad: Verdad amarga para los que aman la mentira; Verdad incomprendible para los que pretenden conocerla sin adorar la Verdad dulcísima para los que la han saboreado, para los que han visto una vez sus resplandores.

Porque la belleza naturalmente nos cautiva. El hombre se hace naturalmente esclavo de la belleza. Y como la belleza no es sino el resplandor de la verdad —y Jesús, Splendor Gloríae, es el resplandor de la Verdad increada—, no hay alma que al sentirla no se le rinda exclamando: —He aquí la esclava del Señor.

Y si se esconde entre las pajas del pesebre, desde allí despedirá sus fulgores cual destellos de diamante caído; y si es la media noche de Navidad, aún así le hará traición su perfume.

Porque es imposible separar la plenitud de la verdad, de la plenitud de la gracia y hermosura. Y por eso los zagales, a la pregunta que les hace hoy la Iglesia, responden hechizados:

—Hemos visto su gloria, la gloria propia del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

VII

Mas llegó la edad de los intelectuales: ¿cómo iban a inclinarse ante el pesebre de Cristo?; ¿cómo iban a incurrir en la candidez de alternar con los pastores?...

Por eso Cristo glorioso, poco antes de tornar a los cielos, llamó a Pedro y le dijo: “Tú eres pastor: apacienta mis ovejas”; surgiendo de aquí una jerarquía eclesiástica compuesta de pastores.

VIII

Ya no son pastores incultos como los pastorcitos de Belén:

Es San Justino, que después de pasmar el mundo con la sutileza de sus sistemas profanos, lo pasma con sus himnos de amor al Verbo eterno hecho Hombre.

Es San Crisóstomo, "más grande cuando se apiada de Eutropio, que Demóstenes cuando maldice a un Esquines".

Es San Atanasio, el león de la controversia, proscripto por cuatro emperadores, maldecido por todo el Oriente, escondido en las tumbas del desierto por salvar del incendio arriano la primera página del último Evangelio.

En San Ambrosio, modelo de sacerdotes: tan dulce, que pasó la vida "cultivando azucenas"; tan enérgico, que cerró la Iglesia a un monarca, por haber visto en el manto regio sangre de Tesalónica.

Es San Jerónimo, cuyas frases parecen trenzas de nervios labradas sobre las rocas del Sinaí y no sobre el pesebre de Cristo: el gran trabajador de la Vulgata; el crítico cultísimo, que no encontró sitio mejor para hacer sensible la Palabra de Dios, que aquél donde la Palabra substancial y eterna se había hecho sensible.

Es, finalmente, San Agustín: el genio de alas inmensas, el pensador más profundo de la Tierra; el primer hombre moderno; el águila de ojos brillantes, brillantes por el genio y brillantes por las lágrimas...

IX

Y a estos pastores se dirige también la Iglesia en la liturgia de Nochebuena, diciéndoles:

—"Vosotros, que guardabais el rebaño de Cristo en esta noche oscura de la vida (vigilantes et custodientes vigiliis noctis); vosotros, que penetrabais tantas veces en la cueva de Belén para haceros "niños de Dios" sobre las mismas pajas donde Dios se había hecho niño — ¿qué visteis allí, que así os ha fascinado?... (quid vidistis, pastores?).

Y los pastores de Oriente, y los pastores de Occidente, todos a una, en coro inmenso, majestuoso, solemne; sobreponiéndose al oleaje del mundo y a la arrogancia de los incrédulos y al estruendo de las pasiones humanas, ponen fin a la misa con esta profesión racional de fe divina:

"¡Hemos visto su gloria, la gloria propia del Unigénito del Padre: hémosle visto a El lleno de gracia y de verdad".

G. M



¡Novias!

SOLIDARIDAD

desea a ustedes felices pascuas de Navidad, Año Nuevo y Reyes lo mismo que a todos nuestros suscriptores, lectores y amigos.

¡Novia!

CONTRIBUYA usted a que su prometido adquiriera ideas claras sobre *el amor, la moral, la lealtad, la felicidad*. Para conseguir esto, nada mejor que obsequiarle una suscripción a SOLIDARIDAD donde se tratan ampliamente estos temas.

Corte y envíe este cupón:

.....
Señor Director de SOLIDARIDAD

CALLE SARMIENTO, 412 Piso 1º

Buenos Aires, ARGENTINA

Yo

(nombre y apellido del obsequiado)

Residente en

(Ciudad, provincia y país)

Calle No

me suscribo por un año a la Revista SOLIDARIDAD y remito cuatro pesos con ochenta centavos (giro, cheque, etc.) (el equivalente, en moneda extranjera).

La Estancia

*El Restaurant que rinde culto
a la ganadería argentina*

ENTRE RIOS 746

U. T. 38 - 2489 y 6483

F L O R E S

S O U V E N I R

(Floristas que son Artistas)

Calidad y economía

ALFREDO BOTTERO

CALLAO Y LAVALLE
U. T. 48 - 6193

Un libro y un problema:

El periodismo argentino

“La verdad, como la virtud tienen en sí misma su más incontestable apología; a fuerza de discutir las y ventilarlas aparecen en todo su esplendor y brillo”.

(Mariano Moreno en la “Gaceta de Buenos Aires” del 21-VI-1810).

I. — EL LIBRO

C. Galván Moreno con la publicación de “El periodismo argentino”, ha llenado un importante vacío que existía en nuestras bibliotecas. Con este volumen que acaba de entregar a la estampa y a la crítica, ha visto la luz una interesante reseña del desenvolvimiento del periodismo argentino, la cual abarca su desarrollo progresivo desde unos años antes de aquél, en que Mariano Moreno con espíritu de visionario— proyectó la “Gaceta de Buenos Aires” hasta los días en que vivimos. Trabajo ímprobo éste que realizó el autor, al reunir en un volumen de quinientas páginas la historia de nuestra prensa, pues el mismo le ha exigido una paciente y laboriosa tarea de prolija investigación en museos, bibliotecas y archivos privados; de ahí el valor de su última producción.

En el prólogo se nos advierte que, con respecto al método seguido en la obra, se ha preferido al comentario filosófico, la exposición orgánica de los hechos concretos que jalonan la historia de nuestro periodismo. Eso es lo que obliga al crítico a conformarse con la simple exposición de cómo surgieron los distintos periódicos en nuestra patria, y a no exigir más que una sencilla enumeración de los diarios y revistas que han ido apareciendo desde los últimos años de vida colonial hasta hoy. Eso es el libro: una enumeración, pero una enumeración sistemática, orgánica, que ante la aparición de un nuevo órgano de prensa, va a investigar las causas que le dieron origen, y las características políticas, económicas y sociales del momento histórico que le era coetáneo. Es indudable que esa serie histórica que el autor expone, tiene su valor desde el punto de vista de investigación del pasado, pero no es menos cierto que el libro alcanza mayor categoría, cuando Galván Moreno se dedica a comentar los factores diversos —especialmente los ideológicos y sociales— y las luchas políticas que condicionaron la vida del periodismo criollo. Por ello lamentamos que el escritor haya cumplido lo que anuncia en el prólogo; nos parece que debió imprimirle a su labor una mayor hondura, una mayor profundidad de miras.

La obra comprende cuatro partes, subdivisiones en múltiples capítulos. Las dos primeras constituyen una síntesis histórica del origen del periodismo en el mundo, de la introducción de la imprenta en el Río de la Plata, de la evolución de la prensa argentina, al mismo tiempo que comprenden interesantes notas biográficas de los hombres que lucharon en el siglo pasado para que el periodismo criollo fuese adelantando lenta pero progresivamente. Y lo más simpático de estas breves reseñas biográficas, es que no resultan una fría síntesis objetiva de la personalidad de cada biografiado, sino que el autor frente a cada uno de ellos toma una posición definida: admira su talento y valentía, o desprecia su espíritu pusilánime y mercantil. Es así que tenemos oportunidad de comprobar la gran acción que cupo al catolicismo argentino en la forjación del periodismo nacional. En Buenos Aires y en las provincias fueron católicos prácticos y sacerdotes los primeros periodistas y los que primero bregaron para que la prensa pudiera esparcir su luz civilizadora, no titubeando para ello en enfrentarse con gobernantes tiránicos que quisieron ahogar su libertad, sin la cual la prensa no es tal, desde el momento que así su misión, carece de contenido verdadero. Entre los gestores eclesiásticos del periodismo argentino, descuellan dos figuras de la primera hora: el deán Gregorio Funes, y el Padre Francisco de Paula y Castañeda, con quien el autor no simpatiza, por los nombres extraños que dió a sus múltiples periódicos pero a quien reconoce una inquietud entusiasta por la tinta de imprenta, que mucho nos hizo progresar. La tercera jornada de la obra está dedicada a contemplar la génesis y vida dolorosísimas del periodismo en las provincias y territorios nacionales, a pesar de lo cual surgieron empresas de potencialidad económica, como las de Santa Fe, Córdoba y Mendoza. Por fin, la parte última está consagrada a los auxiliares esenciales de la prensa y a las características salientes del actual periodismo argentino.

II. — EL PROBLEMA

El capítulo que cierra el libro es de gran valor ideológico. Galván Moreno parte de la base acertadísima de que la prensa es "la más fecunda y eficaz universidad popular", y luego afirma que, a juzgar por la enorme cantidad de publicaciones que aparecen actualmente en el país, y la importancia de muchas de ellas, el periodismo argentino es exhuberantemente rico y nuestro pueblo pasaría por uno de esos períodos luminosos de la historia humana. Sin embargo no es así; nadie lo duda. Entonces el autor indaga la causa y deduce que el motivo radica en la calidad inferior de las cosas que se publican, y en la falta de cultura, corazón y carácter de los que escriben, o sea que en nuestro periodismo la cantidad ha perjudicado la calidad.

De allí surge una situación angustiosa para nuestra cultura, y la misma reside en que el público cansado de leer mediocridades, pasa ahora indiferente ante las mejores producciones de la cultura humana, y así resulta que los dos raras de la civilización de otros tiempos: el libro y el periódico, extienden hoy sus rayos sólo sobre grupos pequeños.

Este terrible problema tiene aún otra consecuencia: ésta consiste en que las masas dejaron a un lado el libro, para conformar su curiosidad intelectual sólo con lo que se publica en el diario que cuenta con su predilección. A esta altura de su exposición Galván Moreno expresa: "No habría peligro en este trueque, si los diarios y periódicos, todos, estuviesen escritos por verdaderos periodistas, conscientes de la responsabilidad que asumen ante el país, al darle las producciones de su pluma". Desgraciadamente no es así. Entonces el periódico va dejando de ser cátedra de ilustración; se contenta con reducirse a vehículo de informaciones noticiosas, y al claudicar de esta manera va creando en los lectores, una peligrosísima inercia mental. Esta inercia mental —expresa el autor— generada por la prensa que no sabe conducirse con altura y con

verdadero concepto del gran apostolado que ella representa, es más perjudicial aún, que la creada por el excesivo culto del deporte. El mal existe, y lo peor es que no en estado latente, sino amenazando extinguir la cultura colectiva.

III. — LA SOLUCION

Expuesta la situación, planteando el problema, Galván Moreno se pregunta cuál será el remedio. Y afirma que nunca puede estar en cercenar la libertad de prensa, en fiscalizar las producciones que se dan al pueblo, en controlar los periódicos para que no aparezca lo malo y sí lo bueno. Creemos que tiene amplia, amplísima razón. Volviendo la mirada al pasado siglo, vemos que el mismo pensamiento defendía el fogoso secretario de la Junta de Mayo, cuando escribía en la "Gaceta de Buenos Aires": "Si se oponen restricciones al discurso, vegetará el espíritu como la miseria y el error, la mentira, la preocupación, el fanatismo y el embrutecimiento, harán la divisa de los pueblos, y causarán para siempre su abatimiento, su ruina y su miseria". Sin embargo sostenemos —parafraseando a Mons. Franceschi— que esa libertad de imprenta necesaria, para que sea eficaz, no debe ser omnimoda, no debe caer en licencia, en fin, que así como "la palabra hablada ha de detenerse ante ciertos límites impuestos por la moral, la cultura y la discreción, la palabra escrita ha de comprender que no todo le es lícito, y más aún que la verbal ha de respetar fronteras, porque alcanza a una infinidad de personas". En efecto, como siempre ha enseñado la sociología cristiana, el pensamiento cuando se expresa, puede tropezar con el derecho ajeno, derecho a la verdad, a la fama, y a las costumbres honestas, y por ende puede ser reprimido por la ley. El derecho individual a manifestar lo que se piensa concluye donde comienza el derecho de los demás a ser respetados en la integridad de sus personas. Para que este postulado fundamental en la vida de toda sociedad se cumpla, para mantener el orden público y conservar las buenas costumbres, es que los hombres originaron el Estado, cuya misión, por tanto es ser guardián del derecho, sin cuya invulnerabilidad aquél no podría existir.

Galván Moreno, que a través de su libro, demuestra hallarse imbuído del liberalismo que nos viene de la Revolución Francesa —la cual con mucho de bueno nos trajo mucho de erróneo— no indica que deba existir esta limitación, más o menos relativa, pero que impide que la libre expresión del pensamiento degenerare en el desenfreno e inmoralidad de las ideas que se exteriorizan. Por eso la señalamos, y por eso queremos que se nos entienda bien: proclamamos la libertad, repudiamos el libertinaje.

El autor que comentamos, al manifestar que el remedio no está en cercenar la libertad de escribir —que nosotros aceptamos con la aclaración expuesta—, explica que el mismo se encuentra en la prensa misma. Es necesario hacer de la facultad de escribir en los periódicos un sacerdocio, que requiere para llegar a él, un noviciado arduo, noviciado de intensa cultura intelectual, noviciado de intensísima disciplina moral. Esta solución de Galván Moreno es semejante a la que expuso el director de "Criterio", en un editorial que versaba sobre la libertad de imprenta.

El médico cura las enfermedades del cuerpo, y para estar capacitado para su misión, se le exige cursar una carrera universitaria; el sacerdote mitiga los males del espíritu y se le exige una preparación larga y tenaz. Ahora bien: el periodista forma los espíritus, mejorando o desformando las conciencias, gestando la mentalidad colectiva; siendo así ¿no es inconcebible el que no se le exija ninguna preparación? El periodista, que guía a los hombres por el sendero de la vida cotidiana, debe tener capacidad intelectual, y sobre todo, autoridad moral para hacerlo. Para que así sea, Galván Moreno preconiza la creación de escuelas de periodismo, cuya vanguardia la constituye la que funciona en La Plata, escuelas que —para cumplir dignamente su misión— deberán poseer

un profesorado selectísimo, porque de otra manera no llenarían la función social que las reclama. En esta forma, los periodistas del mañana serán lo que debieran ser todos los de hoy; es decir: "Hombres superiores por su cultura, por sus recios perfiles morales y por la gran autoridad que emane de su ejemplo".

Para que eso ocurra —pasando ahora a las últimas soluciones propuestas por el autor de "El periodismo argentino"— es sumamente perniciosa una modalidad que se ha hecho práctica consagrada en nuestra prensa: la de confundir en el anónimo a todos sus forjadores. En efecto: esto permite a los periodistas despreciables deslizar fácilmente sus dardos venenosos, porque ven protegida su impunidad por la sombra del anónimo; esto permite irresponsabilizarse de lo que se escribe, y también da ocasión para que el periodista incapaz se vista, ante el público, con las galas que sólo corresponden al bueno. Por el contrario, la firma de lo que se elabora, suprime todos los inconvenientes enunciados, y además contribuye a mejorar la calidad de las producciones, desde el momento que así existiría para el autor, el estímulo de saber que se está formando un nombre, y esto le induciría a hacer sus trabajos lo mejor posible, porque su firma al pie de un artículo vacuo le significaría un desprestigio intelectual en el medio social en que vive.

Sin embargo, esto último, sería lo menos importante que se alcanzaría; lo más loable estaría dado por: 1) el periodista tendría mayor responsabilidad moral, y por lo tanto no se atrevería a sostener una coma, de la que no estuviere positiva y plenamente seguro, y 2) el público conocería quiénes son los valores de la prensa del país, quienes son los hombres que luchan por enaltecerla y quienes los que la envilecen.

También manifiesta Galván Moreno, que es necesario eliminar a los periodistas que no tienen nada que decir. Tiene razón, pues están vegetando, están usurpando lugares que otros aprovecharían mejor, y sobre todo, son obstáculos —en una forma pasiva si se quiere— para que la prensa nacional se dignifique, y siga propagando su acción civilizadora. En los adolescentes que comienzan sus halbuceos literarios, se puede admitir que escriban tonterías más o menos bellas en la forma, se puede admitir que no tengan nada que decir, pero en periodistas de largos años de labor esto es intolerable. A los primeros se les suele aconsejar que no se apresuren a escribir, y especialmente a publicar, que esperen poseer un mensaje que transmitir; a los segundos se les debe aconsejar que no pierdan el tiempo, ni lo hagan perder, que el periodismo no es una manía sino una función social, y que si no tienen nada que expresar deben abandonarlo, por respeto a sí mismos, pero de un modo particular, por el gran respeto que merece el lector, aunque ellos lo ignoren.

A través de estas consideraciones sobre un libro, hemos esbozado a grandes rasgos un problema, más angustioso de lo que se supone generalmente, y hemos bosquejado las soluciones que nos parecen más propias y felices de acuerdo a nuestra ciencia y a nuestra conciencia. Sólo nos queda hacer un llamado a todos los argentinos de buena voluntad, para que emprendan una cruzada de redención, que avive la intensidad de esa antorcha orientadora, que significa la prensa argentina, y que continuamente amenaza apagarse, a causa de los vicios que la afectan actualmente.

Rubén Martínez Cuitiño



EL DIGESTO CATÓLICO

La hebra de oro del pensamiento católico.

Una condensación de artículos escogidos en la prensa católica del mundo entero.

Aparece todos los meses, trayendo cada número no menos de 25 trabajos de interés e información.

No se prive de tener la colección completa; todavía tenemos ejemplares disponibles desde el N^o 1 (septiembre de 1944) hasta el N^o 4 inclusive (diciembre de 1944).

Suscripción anual: \$ 6.— m|n. (Rep. Argentina).

Al suscribirse, indíquenos desde qué número quiere que corra, y si quiere los números ya aparecidos.

EL DIGESTO CATÓLICO

DIAGONAL NORTE 730

BUENOS AIRES



" SOLIDARIDAD "

al finalizar su primer año y tres meses de vida, es decir, al presentar a sus lectores los primeros 15 números, les ofrece unas 700 páginas de lectura sobre sociología, política, religión, literatura, arte, poesía, crítica costumbrista y sobre multitud de otros temas.

Los Profesores de Religión y Moral encontrarán en SOLIDARIDAD estudios y comentarios los más completos y sintéticos sobre la enseñanza religiosa y su aplicación práctica y material abundante y seleccionado para conocer bien este tema tan importante como delicado.

Si usted quiere poseer toda la colección, solicítela desde el primer número y se le remitirán los 15 primeros, sin aumento de precio, es decir, a razón de cuarenta centavos por ejemplar.

Si usted desea estos 15 primeros números encuadernados en un volumen, solicite precios a nuestra Administración: Calle Sarmiento 412, Piso 1º Buenos Aires.

El N° 15 presenta también el índice completo de todo lo publicado en nuestra Revista desde su aparición.

El Dios de estos tiempos

a

Al salir de su tumba romana, dirigió una mirada de amigo a San Pablo que seguía yaciendo en su sueño de siglos. Cruzó luego la amplia basílica ahuyentando las sombras agazapadas tras los recios pilares y salió afuera. Atravesó la ciudad. Empezaba a sonreír la aurora en los cielos, cuando llegó a la Puerta Pía.

Ya en plena campiña, tropezó San Pedro con un hombre que se dirigía a la ciudad. Tenía curiosidad de saber cuál sería la impresión del Pescador Galileo al despertar, después de veinte siglos, en un mundo que de los judíos y romanos de su tiempo debía tener tan poco.

El hombre aquél venía cabizbajo: una huella de desesperación y ferocidad se adivinaba tras los caídos párpados.

—Salve, pasajero, le detuvo el Apóstol así que le tuvo a tiro de palabra. ¿A dónde vas?

Un sacudimiento eléctrico agitó al viajero, que levantó sus ojos azules como un abismo y duros como el acero. Parecía un escita, uno de aquellos rubios hijos del Norte, siempre en lucha con la Ciudad de los Césares.

Y San Pedro creyó ver en la mirada del viandante un si es o no es de ensueño y desequilibrio.

—¿Que a dónde voy? A destruir la ciudad.

El Apóstol quedó estupefacto.

—¿Tú? ¿De qué manera?

—Yo, con dinamita. ¿La ves? ¡La suprema invención del siglo! Yo solo destruiré a Roma.

—Pero, infeliz, ¿no sabes que Roma es eterna?

—¡Bah! Acabaron Césares y Papas.

—¿No ves que la guarda Dios?

—¿Dios? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Dónde está Dios? Yo no creo en El; anda, y felicidad, camarada, que ya fastidias.

• Y prosiguió su camino.

San Pedro quedó pensativo unos instantes. ¡Buena impresión la primera! ¿Con que ahora no se cree en Dios? Y lo malo es que no se trata de ningún filósofo, de ningún aristócrata. Es un hombre de pueblo, y el pueblo ha creído siempre en Dios. Ea, voy a proseguir mi vueltecita por el mundo a ver cómo anda ello, y tornaremos luego, luego a nuestra Roma, no sea que...



A poco de andar encontró un pobrecico peregrino durmiendo al relente. Tenía faz de etíope: la piel morena, los labios gruesos, y una impresión

de fatiga. Como el cuidado es velador, alzóse luego el pobre al sentir la presencia de alguien a su lado.

—¿Quién eres?, preguntó San Pedro.

—Soy un anónimo, señor; ni yo mismo sé quien soy. Pertenezco a la resaca intercontinental que los mares arrojan a las riberas de otros mundos; no tengo patria; soy un huésped de la tierra.

—¿Forastero tú en esta Roma, cabeza del mundo y hogar del universo? ¿No eres, por ventura, un cristiano, ciudadano de esta Roma, donde Cristo se llama romano?

—Cristiano, no lo soy, señor; no sé...

—Ea, después se hablará de eso con comodidad. Pero yo no permitiré que. Toma, aquí tienes un rescripto sellado con el Anillo del Pescador, vé a la Cancillería de Estado y dí que te alojen, que eres mi huésped, ¿entiendes? Y no vuelvas a pasar la noche así, al frío, con peligro de enfermarte.

El huésped del Apóstol comenzó a andar hacia la ciudad. Y cosa extraña, al Apóstol le pareció distinguir tras de aquel hombre el reguero de luz perfumada que viera un día en el Cristo que marchaba a Roma para ser crucificado.

Siguió andando sobre los rayos del sol de la mañana triunfante. Y encontró un grupo de pobres trabajadores.

—¡Cómo!, exclamó. ¿No bastan ya las limosnas de mi primer Greg... para acabar con tantas miserias? ¡Oh, qué tiempos!

Los pobres trabajadores tenían sed; comían su mendrugo, pero les faltaba un sorbo de agua para sazonarlo. San Pedro se sintió atraído hacia ellos. Mirólos detenidamente: se habría dicho que con la misma intensidad con que miró hacia la playa del mar de Galilea, cuando Juan, desde la barca le dijo: Mira, Pedro, allá está el Maestro.

—¡Vaya!, se dijo: lo que es por agua, que nadie se muera; y dando con su bastón de curvado extremo en una piedra, brotó de ella un chorro de agua viva. Y mientras bebían los hombres se alejó.

Fué más allá y topó San Pedro con las murallas grises de la cárcel. Recordó que allí estaba el Maestro y entró a visitarlo. Lloraba el anciano pensando en la humildad amorosa de Dios que no contento con sentir las apariencias del enfermo en el hospital, se escondía bajo la apariencia del pecado y del crimen, en un rincón de cárcel.

Los guardias no le vieron pasar, las puertas no le sintieron. Pero él entró recorriendo todas las celdas, hablando a todas las desgracias.

Aquel día, en muchos de esos rostros embrutecidos por las pasiones, brilló un rayo de gracia sobrenatural, y más de una lágrima de arrepentimiento rodó por esas mejillas.

Al salir de allí, el Pescador sacó pan y frutas de un hatillo que llevaba, y sentándose a la sombra de un árbol, se dispuso a comer. Mientras lo hacía, llegó hasta él un niño que se puso a contemplarlo silenciosamente. El niño tenía hambre: lo decían su rostro demacrado, el lívido fulgor de su mirada ávida. San Pedro ama a los niños porque se acuerda que no puede jamás impedirles la puerta del cielo. Y al ver a aquél sintió tanta pena que, sentándolo a su vera, compartió con el inocente su pan y su fruta. Y mientras el niño comía, sacó su Evangelio y leyó:

“Tuve hambre y me dísteis de comer; tuve sed y me dísteis de beber; estaba enfermo y encarcelado y me visitásteis...” Y se preguntaba:

—¿Cómo es que hay hombres que no ven a Dios?

Yo le he encontrado por todas partes.

En esto vió venir un lujoso automóvil de paseo. El anciano con trazas de mendigo, más bien obstruía el pasaje. San Pedro se alzó, pero el automóvil disminuyó la marcha. Dentro del coche, una voz de hombre decía a alguien:

—¿Limosnas ahora? Váyase ese viejo al asilo, que no ofenda al público ni estorbe al paso.

Pero San Pedro avanzó resueltamente:

—No te pido limosna alguna, señor.

Y la cara del señor reflejaba bienestar y satisfacción, la satisfacción materialista de un hombre rico moderno a quien en la lotería de la vida tocó el premio gordo.

—¿Qué quieres, entonces?, preguntó.

—He estado buscando a Dios. ¿Sabes tú dónde está Dios?

—Hombre, ¿no me ves? ¿Eres algún filósofo de la India?

—Soy Pedro, el pescador.

El hombre del volante lo observó con atención. Vagamente recordaba la historia del discípulo de Cristo. Y se echó a reír con ganas, doblemente: por el evangelio trasnochado y por el viejo loco.

—Mira, repuso; ahora a Dios no hay que buscarlo en el cielo, tan lejos. El cielo está vacío, y Dios es la humanidad.

—¡La humanidad!, exclamó San Pedro; ¿con sus miserias, con sus pasiones, con sus limitaciones?

—¡Mírame!, gritó el hombre, tocado en su orgullo. Yo, que acabo de perdonarte la vida, ¿te parezco miserable, apasionado, limitado? ¡Y yo soy la humanidad!

—¿Luego?

—Luego, yo soy Dios.

Y apretó bruscamente el acelerador.

—Ahora comprendo, pensó el Apóstol, por qué los pobres afirman que no hay Dios; porque los burgueses se han hecho Dios. Todo resulta completamente lógico y natural...

San Pedro regresó a Roma. Había visto ya bastante del mundo.

Entrando en la Basílica consagrada a su nombre, fué a arrodillarse ante el altar de la Eucaristía. Y oyó otra vez la voz dulcísima del Sagrario:

—Venid a Mí, los que estáis cansados y afligidos, que yo os aliviaré...

Tras prolongada y ardiente oración, penetró resueltamente en el Vaticano, hacia los aposentos del Papa. Su representante no dormía, oraba también ante una luz del Sagrario...

Poco tiempo después, Pío XI daba al mundo la Encíclica contra el Comunismo.

Pero San Pedro tendrá que levantarse otra vez de su Tumba, para repartir él mismo la palabra de vida, porque los comunistas no la han recibido, y los burgueses la esconden.

René Sandoval

Había una vez...



ABIA una vez... la ficción abre la puerta de los sueños para recordar aquellos que la infancia se llevó o están prendidos en el mundo de nuestras pequeñas cosas, que damos por vividas alguna vez en el espacio de nuestro tiempo. El ideal celeste y dorado. Entonces, en los años de nuestra infancia, el ideal tenía un color, que nos atraía y encandilaba, iluminando todos nuestros sueños de niño. Así, todas las esperanzas, eran rosadas y las tristezas grices.

Acercábase la Navidad, el perfume del laurel y el muérdago, si no reparábamos en el almanaque, eran los anunciantes de esta fiesta tradicional. Todos abandonábamos la carga pesada de nuestras tareas diarias, parecía como si la proximidad de esta fecha aligerara las acciones y nos acercara la promesa de una esperanza nueva.

Sobre la consola, que adornaba el dormitorio de Chichí, hay una pareja real, tallada en madera y pintada con vivos colores. Ella, que por ser dama presentaremos antes, era una dulce princesita, que contradiciendo el término medio del género femenino, suspiraba por tener cerebro, vida y accionar. El, gallardo y buen mozo, con melena recortada en la que se adivinaba, la gomina bajo la capa de pintura; suspiraba por no tener cerebro, pero sí poseer vida y accionar.

Se acercaban las fiestas de Navidad, y como todos nuestros sueños adquieren entonces un viso de realidad, también les está permitido, por extraño sortilegio, a nuestros dos extraños personajes, que uno consiguiera tener cerebro y vida, y el otro vida y acción.

RULITA.—Ven, príncipe Rulito, ven y mira qué hermosa es la vida, y qué bien me sienta mi vestido nuevo y mi cerebro...

RULITO.—(con ironía)... también nuevo.

RULITA.—Ah? el gesto. Si adopto esta actitud, será bien interpretada e impresionaré mejor. El gesto y la acción. En el círculo de la impresión, con el gesto mejor... se logra más. No importa la realidad, ni el valor cualitativo de la acción... es que damos una importancia mayor, a un número limitado de impresiones... o es que la calidad no tiene cotización... si parezco hermosa, distinguida y elegante... logro mucho más. No queremos razonar o el tiempo es poco para ello... claro está, pensar cuesta tanto y...

envejece algo, y quien quiere envejecer... he aquí un valor que no tiene cotización en el comercio. Si los ojos nos ahorran el trabajo de pensar, pues bien, valgámonos del gesto. ¿No te parece? vivimos un poco en ficción... la importancia del gesto y la desvalorización de la calidad...

RULITO.—(bien). Razonas como si tuvieras cerebro...

RULITA.—Se aproximan fiestas hermosas, y no doy cabida a tu ironía. Ay, cuánto suspiré por tener vida y andar...

RULITO.—Ahora la tienes, y ¿qué haces?

RULITA.—Dadme tiempo para pensar. Mira cuánta belleza, cuánto color. ¿Qué opinas, de todo esto?

RULITO.—Yo no puedo opinar. Mis opiniones están formadas... soy hombre de gran experiencia y no tengo nada que aprender. Al fin toda opinión finaliza en discusión enojosa...

RULITA.—Yo en cambio, quiero opinar, porque tengo cerebro y creo que tu posición es muy cómoda...

RULITO.—¿Que la mía? Se ve tantos años, sobre un soporte de madera, si tú llamas comodidad...

RULITA.—Me refería a tus opiniones.

RULITO.—Bien sabes que no las tengo, porque no tengo cerebro, pero he logrado peinarme bastante bien... es buena esta última marca de gomina y asienta bien los cabellos...

RULITA.—Pensar que toda esta belleza, todo esto que está penetrando por los ojos, sea el valor, el único valor de importancia que define esta época...

RULITO.—No quiero abrir opiniones, pero lamento no estar de acuerdo contigo. Existe belleza, porque ha existido siempre en todas las cosas y en todos los tiempos, pero no creo que sea un atributo jerarquizado, que monopolice la definición de esta época. Ella existe en las obras bellas y humanas. Es un sentimiento que impulsa y mueve a las buenas acciones. Siempre todas las buenas acciones, como las buenas creaciones son y serán bellas...

RULITA.—(batiendo las palmas)... bien, muy bien. En fecha como esta tienes la virtud, hablando y sin cerebro te expresas como si le tuvieras. Apasionado en tus opiniones, te estremecías al compás de tus palabras... Rulito, tú puedes opinar, y creo sabrás decirme qué tal me sienta este vestido y si armoniza con el color de mis ojos...

RULITO.—Color, el color, he aquí una de las eternas preocupaciones, ¿qué factor lo produce? ¿la luz? ¿es una ilusión óptica? ¿serán partículas cromáticas? Pero debo estar disparatando, porque no tengo cerebro. En fin, sé que hasta ahora no hemos podido establecer su origen. Será algo así como un documento a largos plazos, o las promesas de un buen político...

RULITA.—(batiendo las palmas)... como ves, tienes en tus opiniones formadas, una inquietud, ni más ni menos, la inquietud que todos

sentimos y que tiene su explicación en nuestro deseo por conocer y saber...

RULITO.—¿Sabes que eres bella?...

RULITA.—Será porque halago tu vanidad de hombre, y tus opiniones formadas, que reparas en mis atributos femeninos. O será el color de mi vestido, o el peinado que hoy me hice... ¡ay! me olvidaba que tengo cerebro y no me estoy comportando como corresponde...

RULITO.—...Rulita, ¡tú no tienes corazón!

RULITA.—¡Bah! el corazón, un órgano de naturaleza muscular, algo más grande que el puño, y cuántas cosas se dicen y comentan en torno a él, es la niña bonita que en el barrio de las arterias y las venas polariza los comentarios más diversos de las comadres. Caridad, corazón y vanidad. La primera, una virtud cristiana, en segundo término nuestro órgano de presentación anterior, pero simbolizando un sentimiento de buena predisposición... y para finalizar, vanidad, algo insubstancial y sin fundamento que por extraña paradoja es el móvil de los otros dos sentimientos, que si por definición tienen la calidad de bueno, se convierten en ficción cuando ésta entra en función. Los tres, fueron presentes en la noche iluminada por el niño-pastor.

Dios puso en el centro de nuestro pecho, cual rey y señor, el corazón, y ahí le tenemos como órgano principal, regulando nuestra vida, y en el mundo del espíritu la materia pesante de nuestra personalidad.

Caridad, una virtud teologal. Mi abuelo, el rey Rulón XIV, decía que, "ésta debía practicarse, como si se la echase al mar"... pero, al toque de oración, el heraldo, en la plaza mayor de su reino, pregonaba las buenas acciones que durante el día realizaba su Señor.

RULITO.—¿...?

RULITA.—También creo no estar a tono con la festividad que celebramos. Mira, qué hermoso árbol de Navidad. Suspendidos en pequeños paquetitos de sorpresas, parecen estar los afectos de familia. El calor de los lazos que les vincula; la descendencia y la sangre. Son suaves, y se miran y se tratan de otra forma muy distinta a la que aplican diariamente y durante el año. Son ligaduras sutiles, que los cerca alrededor del clásico nacimiento. El niño que nació en Belén tiene un mágico encanto que les ata en sus afectos...

RULITO.—Es el poder de la oración, son los cánticos de navidad, es la música de los villancicos...

RULITA.—¿El poder de la oración? Será el poder de la oración, con fe en nuestras palabras. El milagro de la fe, que nos hace buenos a la vez que nos hace grandes.

RULITO.—Rulita, mira el alba. La noche se acuesta y la luz despierta. Una a una se van apagando las estrellitas del cielo. En la línea del horizonte un celaje ojizo se acentúa. Las últimas voces de los villancicos ruedan por el alba, anunciando la llegada del primer

día, después de la noche buena. Arriba, fuerte y brillante, más fuerte que la luz, está suspendida la estrella de la anunciación, como una promesa, como una esperanza...

Y... para finalizar no puedo decir como en la generalidad de los cuentos, colorín, y por un caminito y por otro, para que Ud. me relate otro. Porque yo no he referido ninguno.

Ahí, sobre la consola de Chichí, están los personajes rígidos, sostenidos por dos recortes de madera, los colores brillantes y vivos, rutilando al parpadeo de las velitas de Navidad. Voces de villancicos, inundando el ambiente y en el mundo de la ficción se glosa, "que toda la vida es sueño y los sueños sueños son".

Raúl L. A. Rolleri



Fantasmas que son realidades de verdadero peligro social

EXISTEN en nuestro medio, personas, que creen con toda ingenuidad, que cuando el Gobierno o la Policía tratan de convencer al pueblo acerca de la realidad de un peligro grave para el país, —como es el del comunismo— sus afirmaciones son poco menos que un estribillo que se adopta para crear una conciencia falsa de algo inexistente y agitar el fantasma aterrador de un monstruo que como es un mito forjado en la mentira y en la suposición, tiene la misma inconsistencia, que en el hombre normal y sano, tienen los sueños y las pesadillas. Contribuye no poco, también, a crear esa convicción en las mentes, la prédica constante e insidiosa de cierta prensa, que decididamente orientada hacia la izquierda, lejos de ser intérprete y portavoz de la verdad, de cumplir la función específica que le incumbe como brújula que debiera ser de la opinión pública, sirve de instrumento a las fuerzas oscuras, para infiltrar en los espíritus el veneno de la duda, de la desconfianza, de la rebelión... Y un pueblo en quien empieza a infiltrarse la duda y la desconfianza acerca de sus legítimas aspiraciones, como depositario de su soberanía y como ejecutor de sus inalienables derechos, es un pueblo dispuesto al disconformismo y a la rebelión... Y eso es, precisamente, lo que pretenden lograr con sus arteras maquinaciones los elementos embanderados en la corriente comunista... Ahora bien: Que es cierto que en nuestro país existe una acentuada corriente comunista, es una verdad tan patente, como la luz esplendorosa del sol que nos ilumina... Verdad que está corroborada, no sólo por los hechos evidenciados últimamente, en forma intergiversable con los sucesos ocurridos en la Capital Federal y que debieran haber tenido amplia repercusión en toda la República —con los graves daños consiguientes— según lo ha revelado el plan descubierto afortunadamente por las Policías de Tucumán, Mendoza, Avellaneda y otras ciudades, sino también por el testimonio irrecusable de altos líderes comunistas extranjeros, quienes no tienen reparo ninguno en proclamar bien alto qué impresión les merece la situación actual de nuestro país, el concepto que se han granjeado entre el auténtico pueblo argentino, las autoridades del Gobierno del 4 de junio, y los planes que piensan desarrollar para el futuro, con la colaboración de cierta clase de elementos actuantes en el ambiente intelectual y político, que se escudan bajo el antifaz de un supuesto normalismo legalista, y esgrimiendo la bandera atrayente y seductora de una falsa democracia. El diputado chi-

leno Elías Lafferte, según una amplia información consignada por el *Diario Ilustrado de Santiago de Chile*, del 15 de octubre ppdo., expuso objetivamente en el Congreso Comunista celebrado en Méjico el panorama actual que ofrecen todos los países latinoamericanos y especialmente la Argentina, a las actividades de los elementos marxistas y comunistas. Afirmó que cuentan con contingentes de Sindicatos y Federaciones nacionales de industria, entre cuyos integrantes desarrollan su acción. Que la principal valla que se opone en la Argentina al incremento de estas tendencias es la actuación destacada en el poder, de los militares y católicos —dos fuerzas— a las que consideran los peores enemigos de las ideas comunistas, pero fuerzas a las que los secuaces anarco-comunistas, confían en poder debilitar y derrocar. . . Nótese bien, contra quiénes asestan sus dardos los líderes del movimiento comunista en América y en nuestro país. Contra la religión y particularmente contra el catolicismo, que es en el orden moral, histórico y tradicional, el principal baluarte de nuestras instituciones democráticas, y contra el ejército, —que ellos llaman despectivamente: “militarismo opresor”— que es, sobre todo en nuestro país, orgullo legítimo de nuestro pueblo, y el principal defensor del orden y de los principios básicos que nutren el espíritu de la nacionalidad. El orden y la nacionalidad: He ahí, los dos blancos a que asestan sus golpes más fuertes y certeros, los militantes comunistas. . . Pero, no al orden como definición abstracta de algo intangible y que debe respetarse; no: al orden visible, existente, real, palpable, representado por la autoridad, por el ejército, por la policía. . . ¿Por qué? Porque es la fuerza que los contiene, que los coarta, que les impide actuar. . . Y ¿qué argumentos aducen contra ella? No argumentos razonados, llenos de lógica, henchidos de verdad, sino argumentos de terror. . . bombas, petardos. . . incendios. . . asaltos a mano armada. . . provocación de desórdenes entre las multitudes y aglomeraciones inermes, especialmente de mujeres y niños, la agitación de masas fácilmente dispuestas a la exaltación y a las reivindicaciones: grupos estudiantiles, gremios obreros. . . a los que seducen mediante la insidia y el engaño, con suflamas subversivas, en las que siempre se aducen derechos, y jamás se habla de obligaciones y deberes. . . Siempre se incita a destruir, a derrocar, a exterminar; nunca a construir, a reintegrar el orden, a colaborar con las autoridades. . .

Esta es, precisamente, la nota característica y más peligrosa del comunismo: trabaja a la sombra, solapada y arteramente. . . Pretextando defender los fueros de una clase, los derechos de un gremio, y en realidad persigue hacer víctimas de sus maniobras a los mismos a quienes trata de amparar. . . Por eso, es necesario estar alerta y no dejarse engañar con el dulce canto de la sirena del comunismo, que ahora trata de disfrazarse hábilmente con el manto opulento de una humillada y oprimida democracia. . . La democracia es un privilegio heredado de nuestros mayores que todos los argentinos debemos arduamente defender. . . pero el comunismo y la anarquía, son dos enemigos mortales de la nacionalidad, contra los cuales debemos combatir con energía, si queremos ser dignos de los próceres que forjaron nuestro escudo y crearon nuestra inmaculada bandera. . .

José M. González Alfonso

"Curiosas cartas proféticas"

Curiosas páginas proféticas de Ana Catalina Emmerich, extraídas de la Vida de la misma, escrita por el Rdmo. P. K. E. Schmöger, Provincial de los Redentoristas de la Alta Alemania, y publicada en el año 1885, bajo el título: "Leben der gottseligen Anna Katharina Emmerich" (1774 † febrero 1824), y traducidas por J. Vaquer Pbro.

Revelación de Julio de 1820 (Pág. 459) :

"De la Visión de Roma pasé (en espíritu) por sobre el mar, de paso tocando islas con sus dichas y desgracias, descubriendo en ellas lo más recóndito, lo más favorable, lo más brillante, y llegué a la patria de Javier, por cuanto mi viaje se dirigía hacia occidente. Ví aquí muchos santos y ví el país ocupado por soldados rojos. Su dueño se hallaba hacia el medio día por sobre el mar. Ví a ese país guardando todavía una tranquilidad razonable frente a la patria de Ignacio, donde ahora penetré y a la cual contemplé en una miseria espantosa. Ví que la oscuridad se extendía por toda la región, en la cual descansaba un tesoro de santidad, de méritos y de gracia.

"Me hallaba en el punto céntrico del país. Reconocí de nuevo el lugar donde, de tiempo atrás, había visto la imagen del "arrojador al horno encendido", y cómo de todos lados los enemigos internos se iban acercando y los mismos fogoneros se metían en él. (En el mes de marzo anterior se le había mostrado en la figura de un "horno ardiente", al cual los inocentes eran arrojados, los condenados sin culpa y la devastación de la fe y de las buenas costumbres en la patria de Ignacio, con lo cual obtuvo la revelación de que los cuidadores del horno, los polizontes y los injustos jueces sufrirían el mismo castigo que ellos daban ahora a los inocentes. — *N. del autor*).

"Ví que una monstruosa execración se extendía por todo el país. Mi Guía me dijo: "*Esto es una Babel*". Y ví a través de todo el país una cadena de sectas secretas, y ví un esforzarse como para producir la Babel, y ví el quedarse prendidos, hasta la consumación de la Torre, en un tejido fino como el tejido de la araña, a través de todos los lugares y sucesos. La flor culminante de todo eso era Semiramis, la mujer diabólica. Ví que todo en ese país queda en ruinas. Ví que todo lo santo era destruído, y que la impiedad y la herejía se propagaban. Se acercaba también la guerra civil y un completo desmoronamiento interior.

"Ví aquí el trabajo de muchos santos de otro tiempo, y ví a los mismos. Quiero nombrar solamente a Isidoro, Juan de la Cruz, Juana de Jesús y, especialmente, a Teresa, de la cual ví muchos efectos de su influencia y revelaciones. Los efectos me fueron mostrados por Santiago, cuyo sepulcro se encuentra encima de una montaña, y ví cómo muchos peregrinos habían hallado ahí su salvación.

“Mi Guía me mostró también la montaña de Monserrat y los viejos ermitaños de los primeros tiempos, que allí vivían, y tuve de ellos una muy emocionante semblanza, al saber que ellos nunca sabían en qué día de la semana se encontraban y cómo partían un pan en siete pedazos, comiendo un pedazo por día, contando según eso los días, y cómo a veces se equivocaban en la cuenta cuando caían en arrobamiento, y cómo la Madre de Dios se les apareció y les dijo lo que debían anunciar a los hombres.

“Era éste para mí un cuadro muy conmovedor. Pero ví en la región tal miseria y ví a sus habitantes pisotear tantas gracias, tantos santos y sus imágenes, que se despertó en mí este pensamiento: ¿por qué yo, miserable pecadora, tengo de ver todo eso, si no me hallo en la posibilidad de describirlo, y son tantas las cosas que yo no comprendo? Entonces mi Guía me dijo: “Tú referirás acerca de esto lo que te acuerdes. Tú no puedes conjeturar cuántas almas leerán esto algún día y recibirán consuelo, serán estimuladas y mejoradas. Existen muchas historias de semejantes gracias, mas, en parte no han sido convenientemente comprendidas, y la antigüedad es algo extraño para la gente y ha sido alterada por acusaciones perniciosas. Lo que puedas tú referir, será bastante bien comprendido, y puede reportar muchas bendiciones, las cuales ni puedes tú conjeturar”. Esas palabras me llenaron de consuelo, pues que en los días anteriores me encontraba muy fatigada y vuelto escrupulosa en demasía”.

No menos interesante es otra visión referente a la bajada de Jesús a los infiernos. En ella le fué mostrado, cómo el alma de Jesús, inmediatamente después de su separación del cuerpo, descendió al Limbo. Después de describir lo que allí ha visto, prosigue:

“Finalmente ví al Señor con gran severidad penetrar en el meollo del abismo, el *infierno*. . . (Pág. 371).

“Después que los ángeles empujando abrieron las puertas, se vió un horrible tumulto de rebeldía, blasfemias, injurias, aullidos y lamentaciones. Yo ví que Jesús dirigió unas palabras al alma de Judas. Varios ángeles aisladamente derribaron ejércitos enteros de espíritus malos. Todos fueron obligados a reconocer y adorar a Jesús, y esto constituía para ellos el tormento más terrible. Una gran muchedumbre de ellos fué aherrojada dentro de un círculo circundado por otro, quedando de esta manera atados. En el medio había un abismo de lóbrega oscuridad. En él fué arrojado encadenado Lucifer, borbotando negrura a su alrededor. Todo esto sucedía de conformidad con determinadas leyes. Y oí, si no me equivoco, que Lucifer sería dejado en libertad por un tiempo, entre los 60 y los 50 años antes del año 2000 después de Cristo. De muchos otros datos no me acuerdo más. Otros serían dejados sueltos con anterioridad para castigo y tentación. En nuestro tiempo creo que se ha dado libertad a algunos, y a otros se les dará poco después de nuestro tiempo”.

Como se vé, las *señas* de la primera revelación coinciden exactamente con la instalación de la República Española y la subsiguiente guerra civil, que todos sabemos.

Y las de la segunda, en lo que tienen de proféticas, parecen coincidir igualmente con la guerra actual, la mayor de todos los tiempos.

A pesar de lo que se discute sobre las libertades que Clemente Brentano, especie de secretario de la vidente, se habría tomado para intercalar ideas propias en las revelaciones que él mismo escuchaba de ella y consignaba por escrito, no parece probable semejante libertad en lo que mira a las predicciones de lo futuro, y menos todavía, consideradas éstas *aparte post*, esto es, cuando los que vivimos las vemos exactamente cumplidas. Por esto encabezamos el presente trabajo con el título: “Curiosas páginas proféticas”. Sabemos que sobre la heroicidad de las virtudes de la Emmerich, cuya causa de beatificación está en trámites, no cabe duda. (*Véase el N^o 851 de la revista “Criterio”*).

Pbro. Jaime Vaquer

UN LIBRO DE ACTUALIDAD

Como indicábamos el año pasado en Revista Bíblica, los diversos movimientos modernos: —Apostolado de la Oración, Misiones, Congregaciones Marianas, Acción Católica, etc.— nos han traído una intensificación de la vida cristiana, que es alegría y esperanza segura de la Iglesia. Floración espontánea de ese ambiente más espiritualizado es el promisor despertar de vocaciones sacerdotales y religiosas.

Pues bien, como se oyen a veces conceptos, o incompletos, por lo parciales y limitados; o confusos e inexactos, por el mal planteamiento del estado de la cuestión; o tal vez erróneos, por partir de principios y llevar a conclusiones disconformes con la doctrina de nuestra Santa Madre Iglesia, y tales conceptos producen lamentable confusión, capaz de desorientar irremediablemente a muchas almas: creemos de verdadero interés y actualidad un libro que nos acaba de llegar de España: SANTIDAD SACERDOTAL y PERFECCION RELIGIOSA, por *Antonio Peinador, C. M. F.* (Ediciones Fax, Madrid). Lo recomendamos principalmente a los sacerdotes y religiosos, a los estudiantes de teología y a los jóvenes de inquietudes espirituales y de buena formación.

El autor, doctor en Sagrada Teología y profesor de Moral, que ya hace años venía escribiendo de estos puntos en gravísimas revistas eclesiásticas de Roma, ha dado forma definitiva a sus estudios en esta obra serena, seria, clara, saturada de fraterna caridad. Su fin, nos dice en el Prólogo, es dejar bien afirmada la verdad, deshacer equívocos, y poner orden y claridad allí en donde (por culpa sobre todo del libro *La Vida Interior*) se había hecho oscuridad y desconcierto. Aunque se nota en el P. Peinador un empeño muy marcado de no polemizar ni herir, y aun tratar con el máximo respeto, quizá excesivo, al célebre Cardenal; con todo no puede menos de hablarnos de: *su imprecisión teológica, confusiónismo y oscuridad: frases faltas de exactitud teológica, que ni canónica ni teológicamente pueden decirse: desorden de ideas, en multitud de pasajes, que*

o encierran EVIDENTE ERROR, o no contienen más que partículas de verdad.

Intentaremos resumir el contenido de la bella síntesis teológica del ilustre Misionero. Explicada la naturaleza de la perfección cristiana, sus grados y sus medios, y desarrollada con acopio y claridad la doctrina sobre el *estado de perfección*, prueba con entera satisfacción los siguientes puntos:

1. — En *sí mismo* el sacerdocio secular es de mayor excelencia y perfección que el simple estado religioso, sin sacerdocio ni vida apostólica activa; pero en *cuanto a la eficacia perfectiva* del sujeto que lo profesa, el estado religioso, aun prescindiendo del carácter sacerdotal, precisamente por ser *extricto* estado de perfección por adquirir, proporciona los mejores medios para alcanzar la santidad (que las propias obligaciones del mismo clérigo secular exigen). Y así el sacerdote religioso cuenta en su estado, para obtener la santidad sacerdotal, con una virtud y eficacia de que carecemos los sacerdotes seculares. Porque una cosa es el poder santificador de los ministerios (que también se da en los sacerdotes regulares de vida apostólica), y otra, la disposición de ánimo que el mismo estado fomenta, sin la cual aquellos ministerios, y aun los mismos sacramentos, producen poquísimo provecho. Pues como esa disposición *de suyo* se halla más favorecida en el estado religioso, salta ya a la vista cuán sofístico sea concluir, de las funciones sagradas sacerdotales, en favor del clérigo secular.

Santo Tomás —y con él todos los grandes Doctores, y la misma Iglesia en su magisterio ordinario— enseña claramente que la práctica de los consejos evangélicos sancionada con voto público y perpetuo es el medio ideal para adquirir la perfección cristiana: es el holocausto, entrega total de sí mismo y de sus cosas a Dios, y por tanto también en la misma medida —aunque no siempre en directa e inmediata— a las almas. Hay algunos que en este punto parecen olvidar el dogma de la Comunión de los Santos: que toda alma, al obrar bien, conserva su mérito personal, y comunica a las demás el valor satisfactorio e impetra-

torio de sus obras. Viene aquí muy bien la meditable *sugerencia* de Gar-Mar: "Es imposible que un alma se entregue de veras a Dios sin que más adelante se entregue Dios a muchas almas. En este sentido bien se puede decir que las obras más grandes de los hombres son siempre *póstumas*. ¡Cuántas almas se alejarán del Bien infinito por no habernos acercado nosotros más a El! ¡Cuántas serán eternamente desgraciadas por haber nosotros renunciado a ser eternamente más felices!"...

Aun los religiosos no sacerdotes realizan magnífica labor de apostolado; pues todas sus acciones tienen, en la economía general de la predestinación de las almas, una *razón especial de propiciación y deprecación*, con que grandemente contribuyen al incremento de los trabajos en el campo del Padre celestial. El mismo estado religioso, en sí mismo, como tal, es un ejemplar viviente y potentísimo —el mayor esfuerzo humano por verificar el *Sed perfectos*... — no ya de la santidad de una persona aislada, sino de la perfección consumada de la doctrina evangélica y de la belleza inmaculada de la Iglesia: de ahí su valor e influencia social enorme —aun sin tener cuenta del sacerdocio y vida apostólica de muchos de sus miembros— tan hermosamente cantada por Balmes y Montalembert. Demás está decir que *a priori* la consideración de la naturaleza humana y *a posteriori* los datos de la historia prueban palmaria-mente la tesis. Pues —como escribimos en *Heroica*— entre los Santos canonizados y beatificados aventajan a los otros miembros del Cuerpo Místico los religiosos en una proporción *tan desproporcionada*, que imposibilita toda comparación. Y, como es constante y universal en el tiempo y en el espacio, tiene que brotar de la misma naturaleza del estado religioso...

2. — Pero, dejando de lado otras cuestiones, vengamos a la comparación del sacerdote religioso con el sacerdote secular; y aun restringiendo más la comparación, prescindiremos de las órdenes contemplativas, sin prejuzgar nada por hoy: nos fijaremos en los de vida mixta (la más perfecta según el Angélico), con actividades apostólicas. Y esto lo hacemos, porque es aquí donde suelen sentir vacilación las almas jóvenes ansiosas de santidad, transidas de celo apostólico. Nótese que no se trata de cosas opinables que puedan dar

lugar a polémicas de ninguna clase: es una doctrina "perteneciente a la categoría de cosas juzgadas desde que se escribió el artículo 8 de la cuestión 184 de la *secunda secundae*".

Pues bien, siguiendo paso a paso a Santo Tomás, Suárez, Cayetano y Passerini, prueba con meridiana claridad *la mayor excelencia de la vocación del sacerdote religioso de vida apostólica activa*.

En la comparación del clérigo regular con el secular hay que fijarse en el *estado*, en el *orden* y en el *oficio*. En el *estado* es superior el religioso, por ser el suyo *extricto* estado de perfección por adquirir; en el *orden* son iguales; en el *oficio* son también iguales..., o es también superior el religioso. Pues Suárez y Passerini, desarrollando el pensamiento del Angélico, "y según la evidencia de la cosa en sí", aun en lo que se refiere al oficio, dan la preferencia al sacerdote regular de vida apostólica, "el cual —observa con toda verdad E. Guerrero— a lo menos en ciertas Ordenes se entrega al apostolado como fin primario también, y totalmente, y con mayor abnegación y eficacia, por la completa renuncia a toda humana y terrena compensación, por el voto con que se obliga a la obediencia de sus superiores en tal materia, y por la mejor disposición interior y exterior que en orden al mejor desempeño de sus ministerios apostólicos le da la vida religiosa con sus más abundantes y más activos medios de santificación, y por los recursos valiosísimos que en sus empresas moviliza, sin contar con que muchas de esas empresas son más universales, y el bien, cuanto más universal, es más divino... Ni participa menos de los resplandores de la función episcopal, ya que coopera con no menos eficacia en el apaciguamiento de la grey de Cristo, ya bajo la jurisdicción del Ordinario del lugar, ya bajo la del supremo pastor, el Papa".

3. — Porque —fuera de que también los religiosos son párocos, y ellos llevan en grandísima parte toda la carga pastoral en los inmensos territorios de Misiones— la caridad apostólica no puede ni debe reducirse a la administración oficial, por así decirlo, de los sacramentos; ni está exclusivamente en las obras extrictamente parroquiales, ni acaso consiste principalmente en ellas... Hay que formar las conciencias y fomentar la piedad cristiana

y formar verdaderos apóstoles de oración, ejemplo y acendrado celo; hay que llegar hasta la exquisitez en la pulimentación de las almas heroicas y santas, que seran, en último término, las que más bien hagan a la Iglesia. "La labor del religioso puede ser de suyo más intensa, más general y más perfecta, porque la acción mancomunada de muchos, mientras reparte el trabajo, multiplica necesariamente los resultados beneficiosos y garantiza mucho más el éxito". Hay obras de interés y proyección universal en toda la Iglesia, no menos necesarias que las encomendadas al abnegado y a menudo heroico clero secular, que en concreto sólo pueden realizar los regulares: de hecho forman la vanguardia en multitud de empresas apostólicas: en la cultura y en el renacimiento litúrgico, en la difusión de los ejercicios espirituales, de incomparable eficacia, en las obras de celo más heroico y de caridad más abnegada. "Una estadística completa de los trabajos en que se ocupan meritoriamente los unos y los otros, y de los sectores de la sociedad adonde se extienden sus actividades, nos ahorraría todo razonamiento para probar la afirmación que acabamos de insinuar... Por tanto con toda verdad se les ha de considerar (a los religiosos) como verdaderos pastores de almas, sino en sentido canónico, sí en sentido teológico".

Pero aún hay más: la obra apostólica por excelencia, la que más se parece, aun materialmente considerada, a la de Nuestro Señor Jesucristo y los Apóstoles, es la empresa sublime de las Misiones de infieles: propagar el Evangelio en los pueblos paganos, formar la Iglesia donde no lo está. Y basta haber saludado la historia eclesiástica para ver que los religiosos han sido siempre, y lo son ahora, por antonomasia, los verdaderos *Plantatores Ecclesiae*.

4. — Para estos doctores es, pues, evidente que los sacerdotes seculares, aunque tengamos cura de almas, no estamos en estricto estado de perfección por adquirir, como los religiosos, ni por comunicar, como el Obispo. El sacerdote regular apostólico, en cambio, pertenece *plenamente* al estado de perfección por adquirir, y participa en mayor grado que nosotros del estado de perfección por comunicar. Porque el religioso está más íntimamente ligado

al Obispo de los Obispos, el Papa, por el voto de obediencia, de lo que está a su Prelado el párroco o cualquier otro sacerdote. "De ahí que la misión pastoral del religioso es siempre, por este motivo, más amplia, en cuanto a los ministerios; más universal, en cuanto al lugar, pues no se limita a una diócesis, sino que se extiende a la Iglesia entera; más perfecta, en cuanto al modo, por el mérito que añade el voto" (p. 72). *Es, por tanto, su vocación más excelente, y la exigencia de santidad, más imperiosa.*

Con razón Pío XI llamaba en ocasión solemne, y a la faz del mundo, a los religiosos, "hijos de su predilección... siervos más que todos fieles y devotos". El mismo Pontífice, en la Encíclica *Quas primas*, enseña cómo ellos, por la práctica de una vida de *mayor perfección* hacen resplandecer la santidad de la Iglesia más y más cada día a los ojos de todos. Y en la *Ubi arcano* manifiesta su ilimitada confianza en los miembros del Clero regular, para esclarecer el reino de Cristo dentro y dilatarlo fuera: ya que ellos, modelo de santidad cristiana y consagrados por entero al bien común, "a tanto han llegado en este punto (de atender a las enfermedades todas del cuerpo y el alma), a impulsos, de la caridad divina, según lo atestigua la historia eclesiástica, que en la predicación del Evangelio dieron la vida por la salvación de las almas, y con su muerte ensancharon los límites del reino de Cristo en la propagación de la unidad de la fe y de la fraternidad cristiana".

Juzgue ahora el lector con qué total repudio se han de oír esas frases escandalosas: *sacerdocio o catolicismo mutilado... al margen de la jerarquía*, etc., etc. El profesor de la Gregoriana, I. Creusen, S. I., en un notable artículo que *Estudios* ha tenido el gran acierto de reproducir, en agosto 1941, dice a este propósito: "La concepción *eclesiástica* traducida por esta expresión —*al margen de la jerarquía*— en primer lugar es gravemente injuriosa a la Santa Sede; además, es totalmente errónea, y, en fin, es susceptible, por deducción lógica, de engendrar una proposición herética. Bastaría muy bien cualquiera de estas taras para condenarla... El seglar piadoso que toma parte en una reunión de la Tercera Orden en una iglesia franciscana... no está más al margen de la je-

rarquía que... los filósofos que cantan las vísperas en la iglesia de su seminario”.

5. — El autor todavía confirma su doctrina con estas tres razones de Santo Tomás:

a) Es más perfecto el estado religioso que el sacerdocio secular, porque el Espíritu Santo, que siempre atrae a lo más perfecto, llama del sacerdocio secular al estado religioso, y no al contrario. La misma conclusión se deduce de la práctica eclesiástica. Pues el examen somero de los documentos demuestra que la Iglesia mira con positivo disgusto la salida de Religión de los sacerdotes que vienen al clero secular; al revés, considera algo normal en el camino de la perfección el pasar del sacerdocio secular al estado religioso. Difícilmente se explica esto —advierte De Guibert— si él mayor bien de la Iglesia y la más subida perfección del individuo no actuaran como causa motiva. Pero además hay declaraciones expresas. Benedicto XIV defiende la libertad del sacerdote secular que quiere ser religioso, porque: “cualesquiera fueren las obligaciones contraídas, supónese siempre la condición: *a no ser que quisiera pasar a una vida más perfecta*”. Y la Sda. Congr. del Concilio afirma de los Seminaristas que pasan del Seminario al Noviciado: que, en este caso, los alumnos, lejos de abandonar el estado clerical, se ligan a él con lazo más estrecho.

b) *Comúnmente* no alcanzan alto grado de santidad, sino los que apartan los impedimentos y se sirven de los medios más indicados: y esto se da en grado mucho mayor en el religioso que en el secular. Dícese *comúnmente*, porque Dios, que prepara sus gracias para que cada cual pueda cooperar a la propia vocación, une a veces a medios menos aptos excelentes resultados de virtud: y así no todo el predestinado a santidad extraordinaria es llamado por el mismo caso al estado religioso.

c) Es más santo el estado en que uno se obliga a obras de mayor abnegación interior por la perfección cristiana. Ahora bien, dice el Doctor Común: El religioso se obliga de por vida a procurar la perfección, y los clérigos seculares no se obligan con esa perpetuidad a procurar la salud de las almas... “Y por eso el estado religioso, comparado con la cura de Almas, es como el universal respecto del particular; como el holocausto respecto del

sacrificio, el cual es menos que el holocausto... Por lo que en el Decr. 19 se dice: “Los clérigos que desean hacerse religiosos desean un género de vida más perfecto; y, por tanto, sus Obispos les deben conceder absoluta libertad”... Pero si se atiende a la dificultad de vivir con perfección, más difícil es esto al pastor de almas por causa de los externos peligros; aunque *la vida religiosa es más difícil en sí misma*, por la estrechez de la observancia regular”.

Ni se olvide que, como prueba el célebre profesor de Ascética y Mística en la Universidad Gregoriana, Lutwig Hertling, en la mente de la Iglesia, la vida religiosa, por ser el mejor camino para conseguir la perfección, es también norma y modelo, aun para aquellos que no son religiosos: para los mismos sacerdotes seculares.

“Los Institutos religiosos —escribe en una Carta Pastoral el Arzobispo de Granada (España)— en cuanto a la substancia, son la parte principal de la Iglesia: su corazón. El que ataca a los Institutos religiosos hiere a la Iglesia en su entraña más vital, y pretende arrebatarle, no algo accidental y secundario, y mucho menos superfluo, sino lo que tiene de más esencial, su médula, su flor, su razón de ser fundamental.

De ahí que no falten canonistas, y no precisamente religiosos, que lleguen a decir no ser exacto que sólo el clero secular sea necesario a la Iglesia y que se podría prescindir del clero regular. Precisamente lo contrario es lo verdadero. La Iglesia podría perfectamente existir, aunque no existiese un solo eclesiástico secular en el mundo entero. Aunque no lo haga, podría la Iglesia obligar a todos los miembros del clero secular a convertirse en religiosos, como de hecho lo hicieron San Eusebio de Vercellis y otros Obispos. Con ello habría suprimido el clero secular y seguiría existiendo (la jerarquía puede constituirse por solos sacerdotes religiosos). Pero el estado religioso es a la Iglesia esencialmente indispensable como signo manifestativo de su santidad. Porque la Iglesia de Cristo es santa, no sólo por haber poseído en todo tiempo santos aislados, sino especialmente porque existirá siempre en ella, al lado de la solemne obligación de trabajar en la adquisición de la santidad, ese gran medio de alcanzarla, que es el estado de

perfección, o sea, las Ordenes y Congregaciones religiosas”.

Con toda justicia ha escrito en un ponderado artículo de la Revista española *Razón y Fe* (que puede verse en *Estudios*, marzo 1943) el P. Eustaquio Guerrero:

“Es imprudentísima la conducta de quienes aconsejan a jóvenes *determinados* la elección de vida religiosa o sacerdotal sólo por el hecho de que *en sí* sean más perfectas. Pero es criminal y materia de pecado gravísimo la de quienes, a jóvenes manifiestamente llamados al sacerdocio en la vida religiosa de clérigos apóstoles, los traen proponiéndoles como más perfecta *en sí*, y, *en general*, más eficaz para la conquista del mundo para Cristo, la del apóstolado del sacerdote diocesano o del apóstolado seglar en la Acción Católica o en cualquier otra institución sin sacerdocio ni estado religioso de perfección.

“No hay en sí, ni puede haber, vida más perfecta ni más eficaz para extender el reino de Dios que la del sacerdote religioso apóstol, primero; y la del sacerdote diocesano, después; y la sustracción de una real vocación a estos estados, cuando siempre, además, serán escasas las que se logren, representa en la Iglesia una pérdida sin compensación posible”.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

San Juan de la Cruz es la cumbre más alta de la mística cristiana, verdadero ápice de la espiritualidad católica. ¿Quién podrá comprender y gustar el tesoro escondido, de valor inigualado, de sus libros?...

¿Qué vamos a decir que no se haya dicho ya? Repetir que es la personalidad más significativa e influyente de la mística universal; que toda la mística posterior gira en torno a su orientación; que el misticismo como ciencia sistematizada parte de San Juan de la Cruz; que a él se deben su precisión y claridad, y la aportación de múltiples experiencias estudiadas por primera vez; que sus escritos han dividido en dos la historia de la ciencia trascendente... es apenas apuntar algo nada más.

En cuanto a la envoltura exterior de sus libros, se ha notado muy justamente que, dentro de la personalidad bien definida de su lenguaje y de su estilo, es —muy en consonancia con la materia tratada— grave y sereno en la Subida; dulce y melancó-

lico en la Noche oscura; vivo y pintoresco en el Cántico espiritual; elevado, magnífico y sublime en la Llama de Amor viva; en las Sentencias, seco y cortante: pero siempre flúido, fácil y armonioso, y a veces pulido y castigado.

¿Y sus versos? Son de una estructura externa acabadísima. Cargados de una luz tan potente, que nos hace tal vez cerrar los ojos: “espíritu de llama”, que dijera Machado; empapados en la propia sangre, que les da una vibración y sentimiento inconfundibles. Después de agotar los elogios que se suelen prodigar a otros poetas, se nota que no se ha conseguido decir lo principal: y es que hay en ellos algo indescifrable, indefinible —como es indefinible la belleza, y más la llama divina que está bullendo en ellos— y que trasciende el análisis más fino... Porque el Extático Doctor, que boga por los espacios de la mística en vuelo magnífico cuya altura nadie jamás ha sobrepujado, aparece casi siempre envuelto —como la Divinidad— en una especie de luz inaccesible, en la que sólo pueden penetrar los limpios de corazón. Podrán los teólogo y filósofos seguir sus explicaciones y sus tecnicismos, ya que él es un gran escolástico y el filósofo de la mística; podrán los poetas admirar y aun embelesarse con la forma y hasta cierto punto con el fondo de sus poesías. Pero precisamente lo más hondo de sus explicaciones y lo más soberanamente bello de sus versos... es un vino nuevo que no es posible trasvasar en odres viejos; porque éstos —aunque tan acabados, vasos purísimos de formas armónicas— no son parte a contener todo el licor sagrado de la Biblia: todo está allí señoreado por el espíritu inabarcable, bulle por toda su obra un sí es no es de sobrenatural y divino: belleza misteriosa, símbolo tan sólo de la hermosura infinita de un reino que no es de este mundo. Por aquí ha pasado el mismo Dios encendiendo cada estrofa con la lumbre de sus ojos y bañando cada verso en su sonrisa. ¡Cómo asombrarse, después, nos diga Menéndez y Pelayo, que sus Canciones ya no parecen de hombre sino de ángel, y que otros críticos lleguen a llamarlo: el primer poeta lírico, no ya de España, sino de la humanidad?...

Tiene todas las cualidades de las obras maestras clásicas. En sus canciones, con dulce paz y plácido reposo, báñase el espíritu

en la sana y robusta concepción de la vida, y reina la idea cual soberana señora; hermánanse la alteza y diáfanidad del pensamiento con la seucilla elegancia del estilo, la reflexión reguladora con el más vivo sentimiento y la pasión más ardiente; el sereno equilibrio de las facultades; la inspiración honda y sostenida, suave y delicada; la forma concentrada y sobria, eminentemente clásica; la templanza en la exclamación sin excitar los nervios; ese no sé qué de indecible calma y láctea suavidad —la apetecida sofrosine de los griegos— que templó los alborotados apetitos y empapa el alma y la arroba y la levanta hasta anegarla en un piélago de suprasensibles armonías: plenitud de belleza naturalmente dispuesta a ser informada por el orden sobrenatural. Pero todo esto que bastaría para darnos una idea de los otros autores, está muy lejos de habernos abierto el cofre de oro que guarda los tesoros ocultos del místico español. Lo mejor de su obra sólo lo podrá gustar una minoría selecta; pues, como ya dijo bellamente Gar-Mar: “La música de los grandes artistas la oyen muy pocos”.

Porque ni la sublime estética platónica o la concordancia armónica de Pitágoras, ni la contemplación diviniamente transfigurada del falso Areopagita, ni la idealización de León Hebreo en su espléndida metafísica de la Filografía, ni los arrebatos de San Bernardo o los seráficos fulgores y mausa dulcedumbre de San Buenaventura, ni la suprema madurez clásica de Fray Luis... llegan a producir el efecto indefinible de los versos de San Juan de la Cruz. Y es que por la más aliñada contemplación y el especial estado psicológico, por el diáfano fulgor de las ideas y vibración y efervescencia del afecto y fruición sabrosa de los sobrenatural; por aquella luz abrasadora, cuya llama inextinguible aún centellea y resplandece en el candor angelical, en la emoción profunda, en la sobrehumana unción de la frase veloz y entrecortada, chispazo de amor, torrente de dulzura; por aquella fuerza mágica que así acierta a unir en el más estrecho vínculo lo humano y lo divino, que viste de rica pedrería las puras abstracciones y envuelve los conceptos outológicos en lluvia de luces y de flores... nunca los humanos aceutos resonaron más sublimes, que cuando el Doctor Extático, sesgando el horizonte a lo divino y respirando brisas de inmortalidad, hun-

dió gozoso su mirada en el seno mismo de la Verdad Eterna, donde se abrazan todas las ideas, y... encendió en la misma Llama de Amor Viva esta lengua española, que él más que nadie trocara en lengua de ángeles.

Decir que allí se aspira el aura del aleteo de los querubens, o que nos parece oír el hablar de fuego de los serafines, sería decir muy poco: aquí “siente el alma la respiración de Dios”.

Gloria singularísima es de nuestra estirpe —que debe enorgullecer por igual y santamente a españoles e hispanoamericanos— el que hayan sido escritas en nuestra lengua española las obras cumbres de la espiritualidad, tanto ascéticas como místicas. En ascética nos bastaría Los Ejercicios Espirituales, de San Ignacio, “el código más sabio y universal de la dirección espiritual de las almas” (Pío XI), y “que ya en vida del autor mereció de la Santa Sede la aprobación más explícita y honrosa que jamás llevó libro alguno” (Astrain). No que San Ignacio sea antimístico; muy al contrario: su pedagogía espiritual es, con la de la Subida al Monte Carmelo, la que más se esfuerza en quitar del alma los estorbos para las divinas comunicaciones, “y es la más respetuosa a la acción de la gracia”; pero, al fin, aunque místico él empuente, y que a ella miraba con frecuencia sin ponerla en sus labios, es por excelencia el maestro de la Ascesis.

En cuanto a la Mística, Santa Teresa y SAN JUAN DE LA CRUZ son dos alturas señeras de la Iglesia universal que no admiten cotejo ni comparación.

Todos dependen de ellos, todos se inspiran en ellos, todos se defienden con ellos: de arte que constituyen una verdadera hegemonía —casi dictadura— en la oculta ciencia de las divinas extraordinarias comunicaciones. Y así se da el caso único en la historia (sobre todo con San Juan de la Cruz) que ningún autor ni escuela alguna le contradigan, se aparten de él, pogan siquiera en duda su doctrina. Lo entenderán bien o mal, lo interpretarán quizá torcidamente contra autores que se basan en los mismos pasajes para defender teorías opuestas...; pero el hecho está ahí, y vale por todos los elogios: SAN JUAN DE LA CRUZ es abasolutamente indiscutido.

¿Qué otro escritor, fuera de los sagrados, alcanzó jamás ese supremo magisterio?

A. J. Valdedios

Indice

VOLUMEN I — NUMEROS 1 AL 15 — OCTUBRE DE 1943 A DICIEMBRE DE 1944

Los números entre paréntesis corresponden a cada entrega de SOLIDARIDAD; los otros a la página

- Aldama Leonardo de** — Mirilla de América, (2), 71.
- Aguafuertes:** Pero en bocetos nada más, (7), 326.
Filosofías, (8), 354.
Mi angustia, (9), 402.
Para escándalo de los judíos y carcajadas de ateos, (10), 438.
La guerra santa, (11), 499.
Lacroze a Callao, en subte, (2), 85.
Mirilla en Europa, (1), 22.
Contra las calamidades presentes, (6), 257.
Fiebre de homenajes, (1), 37.
En defensa de Perogrullo, (5), 230.
Vacaciones, (4), 173.
- Alvarez Eugenia** — Doña Lola reina maga, (14), 186.
- Athayde Tristán de** — Iglesia católica y América, La, (12), 517.
América ¿qué es?, (7), 301.
América ¿qué representa para la Iglesia?, (2), 61.
Iglesia y América, La, (4), 157.
- Barnard Georges** — Capellanes militares entre héroes desconocidos, (13), 584.
- Belalcázar Antón** — Unidad de América, el catolicismo y el mundo del futuro, (9), 383.
Meditación acerca del día de la hispanidad, (14), 613.
- Benítez de Aldama Enrique** — Introducciones, presentaciones y entradas: (1), 3; (2), 55; (3), 107; (4), 155; (5), 201; (6), 245; (11), 409.
Consideraciones en torno al decreto de enseñanza religiosa, (5), 242.
Otro fin de año, (15), 659.
- Benítez Hernán** — Hacia el reinado del antropoide, (3), 139.
Túlumba, y mis amores, (4), 170.
Problema social que crea el nudismo, Para elogio del amor, (5), 134.
Después de sesenta años la escuela argentina despierta del marasmo laicista, (5), 203.
Relaciones entre la Iglesia y el Estado en la enseñanza religiosa oficial, (6), 247.
Apologética del amor, La, (7), 293; (8), 339.
Un grave problema familiar, (9), 416.
Argentina ante el colapso de post-guerra, (10), 427.
- Berro García Juan** — Arte, (8), 360.
Arte: Victor Delhez, (6), 252.
Iconografía rusa, (7), 315.
- Bonamino J. Roberto** — Unidad de principios: Unidad de acción, (7); 308.
- Cafferata Andrés** — Motivos del Champaquí, (6), 268.
- Caballero F.** — Asociación de escritoras y publicistas católicas, (14), 632.
- Calandrelli Susana** — Glosando el Salterio, (4), 168.
- Calle Juan Carlos de la** — Primavera. (12), 544.
- Camacho Montoya Guillermo** — Literatura colombiana, La, (6), 265.
- Cánepa J.** — Sobre fútbol, (3), 145.
- Costa Lima Clelia Leonor** — Perdona, (3), 138.
- Castro Ortuzar Diego de** — Solidaridad evangélica (intercambio de cartas), (4), 181.
- Claudiel Paul** — Cántico, (7), 300.
- Cotone Rodolfo C.** — Para salvar la humanidad, (13), 586.
- Díaz Bagu Alberto J.** — A un sauce, (13), 578.
- Dughera E. A.** — Algunos aspectos de la lírica de Gerardo Diego, (6), 278.
- Durán Alfonso** — Hacia un mundo mejor, (5), 221.
- Fábrega y Amat Luis G.** — Protestantismo en el Perú, El, (10), 460.
Tres aspectos sobre el catolicismo en el Perú, (13), 604.
Con todo respeto... y dignidad, (14), 647.
- Fontenay Lucien** — Cuatro grandes en el arreglo del mundo, Los, Cap. I (El Círculo tetrárquico).
Cuatro grandes en el arreglo del mundo, Los, Cap. II, (Pérez el filósofo), (2), 93.
Cuatro grandes en el arreglo del mundo, Los, Cap. III, (En el interior del Palacio), (3), 146.
Cuatro grandes en el arreglo del mundo, Los, Cap. IV, (No se aceptan recomendaciones), (4), 198.
Cuatro grandes en el arreglo del mundo, Los, Cap. V, (Pérez en el Infierno), (5), 243.
Cuatro grandes en el arreglo del mundo, Los, cap. VI, (6), 270.
Cuatro grandes en el arreglo del mundo, Los, Cap. VII, (En el casino), (7), 330.

- Cuatro grandes en el arreglo del mundo, Los, Cap. VIII, (El truco), (8), 383.
- Cuatro grandes en el arreglo del mundo, Los, Cap. IX, (La revista), (9), 412.
- Ensalada (Relato histórico), (14), 617.
- Franceschi Gustavo J. — Símbolo que es también una realidad para la verdadera y única solidaridad posible entre los hombres, (1), 16.
- Polonia, (2), 75.
- Fuselli Angélica — Otro jalón de la Face, (6), 274.
- G. M. — ¿Qué habéis visto, pastores?, (15), 675.
- Galvez Manuel — Amigos y maestros de mi juventud (Síntesis de un libro), (11), 491.
- Garat Carlos R. — Religioso en el arte de Beethoven a través de su epistolario, Los, (14), 651.
- González Alfonso José M. — Evocación emotiva ante la estatua gloriosa del Coronel Falcón, (14), 623.
- Fantasmas que son realidades de verdadero peligro social, (15), 690.
- Gorosito Heredia Luis — Bandera Argentina, (12), 524
- Balada blanca - Piedra y agua, (19), 668.
- Garrote — Palos a uno y otro y otro, (Cinco días presa), (8), 367.
- Vasconcelos ha abrazado triunfalmente el Catolicismo, (9), 394.
- El caso Unamuno visto desde acá, (10), 452.
- Por mí y por ti lector de mi alma, (11), 478.
- Garretón Manuel — Misión de la juventud iberoamericana, (12), 535
- Jim Vagabond — Resumen de un año de teatro y cine, (4), 190
- Juega Farrulla Arturo — Católicos de Gran Bretaña en la guerra, Los, (6), 276
- Intervención del catolicismo en la educación de Inglaterra, La, (7), 333
- La Redacción — Iniciativas, (1), 9.
- Lattanzi Lamberto — Del "Cántico de Bernardita" a "Bernadette", (12), 545.
- Leme López, S. J. Francisco — Trayectoria espiritual de la intelectualidad brasileña, (2), 79.
- Lemme Nicolás Angel — Además de su significación espiritual, nuestro Congreso Eucarístico afirma la solidaridad del continente. (13), 596.
- Londoño Carlos Mario — Universidad, La, (12), 551.
- Lotus Nice — Sonetos, (7), 328.
- Campo, (11), 476.
- Luzardo Diego — Venezuela y la Solidaridad hispano-americana, (8), 443.
- Martínez Cuitiño Rubén — Un libro y un problema: El periodismo argentino, (15), 679.
- Molina y Anchorena Josefina — Problema vital, Un, (1), 39.
- Odiniec Estanislao — Calamidades de Europa y destino de América a través de una profecía, (1), 11.
- Hispanidad, (2), 82.
- Europa apuñaleada, (3), 111.
- Oficjalski Juan — Argentina y la paz del mundo, La, (2), 91.
- Luz en las tinieblas, (3), 128.
- Esperanza no engaña, La, (4), 194.
- Problema del mal, El, (5), 240.
- Educación cristiana, La, (6), 284.
- Niño y la guerra, El, (11), 471.
- Ortiz de Guinea Manuel — W. Malcuzinsky concertista católico, (2), 73.
- Páez Allende Luis J. — Panorama formoseño, (13), 598.
- Palacios Alfredo L. — Solidaridad evangélica (intercambio de cartas), (4), 181.
- Patrignani Carlos — Hispano-América, (2), 60.
- Pattee Ricardo — ¿Es posible alguna colaboración entre el catolicismo hispano-americano y el catolicismo norteamericano?, (7), 320.
- Pío XII — A la Argentina, (13), 565.
- Potenze Jaime — Contestando a mis desconocidos amigos uruguayos, (3), 132.
- Don Ursulo Carreño, (5), 238.
- Diplomacia, juventud y argentinidad, (6), 254.
- Marquesa de Specalluzzi, La, (11), 497.
- Quiles, S. J., Ismael — Problema central de la paz del mundo, El, (1), 23.
- Raffo Hortensia Margarita — Dios y los leñadores, (7), 313.
- Ronda de los sarmientos caídos, (12), 550.
- Raulica Ventura de — Restauración de la Sociedad por el amor de Dios, (5), 214.
- Rey Jerónimo del — Imprenta, (1), 32.
- Rixtel Antonio van — Pobres en la solidaridad cristiana, Los, (4), 191.
- Solidaridad en la vida sobrenatural, (5), 218.
- Rolleri Raúl L. A. — Tres consideraciones en torno a temas bibliotecológicos, (13), 580.
- Aquilino Casazza Panizza, (14), 528.
- Había una vez... (15), 686.
- Sagredo Luis — Max Scheller denuncia el fracaso del positivismo novecentista, (8), 372.
- Sandoval René — Dios de estos tiempos, El, (15), 683.
- San Torino Conde Risorio de — Caso de la calle Victoria y yo, El, (4), 196.
- Carta de un rezagado de Mar del Plata, (8), 348.
- Sastre Micaela — Viniendo de lejos..., (14), 646.
- Scoltore G. Pedro E. — Año futbolístico en la Argentina, El, (5), 223.
- "Electrónica": la ciencia de nuestra era, (6), 287.
- Seligmann José María — ¿Quién educa?, (10), 442.
- Sivek, S. J., Paulo — Grandeza del hombre, La, (9), 390.
- Pruebas del cristianismo, Las (Meditación filosófica), (15), 669.
- Slclidaridad — A la reconquista espiritual de América, (1), 5.
- Argentina ante la presión continental, La, (10), 425.

- Sotomayor Miguel — Paraguay en los caminos del mundo, El, (4), 164.
 Lección del amauta, La, (8), 363.
 Exposiciones artísticas en Buenos Aires, (10), 432.
 Manuel Garretón Walker (Diputado chileno), (10), 462.
 Notas de Arte, (11), 473.
 En ocasión de dos aniversarios: Domingo Faustino Sarmiento y José María Estrada, (12), 525.
 Mons. Franceschi en la hora nona, (13), 571.
 Final de Alvar Gutiérrez, El, (Estampa medieval), (14), 636.
 Stambul Demetrio — Idilio Amargo (Cuento), (12), 530.
 Stigliano Ernesto — Regreso, El, (5), 212.
 Valdedios A. J. — América el triunfo de la España misionera, (5), 224.
 Vaquer Jaime — Curiosas cartas proféticas, (15), 692.
- Varga Dionisio — Tarde de Toros, (10), 437.
 Oruro en la sangre, (12), 542.
 Pintura boliviana contemporánea; Gil Coimbra, (12), 539.
 Unión en Cristo, La. IVº Congreso Eucarístico Nacional, (13), 567.
 Velázquez Nicolás A. L. — Bajorrelieve de actualidad, (13), 588.
 Viera Jorge Wilfredo — Una curiosa secta americana, (10), 464.
 Tirelli Francisco Miguel — Escuela de periodistas, (9), 399.
 Destino de la juventud, El, (10), 434.
 Crítica y críticos, (11), 511.
 Torres Serapio — Ideal del joven americano, (3), 130.
 Trenti Rocamora J. Luis — Cristianismo en la historia común argentina-brasileña, El, (3), 136.
 Tucci Juan B. — En cuestión universitaria volvamos a lo antiguo, (3), 122.

COMENTARIOS SOBRE LIBROS

- Aldama Leonardo de — “El hambre insaciable”, de John Bojer, (6), 291.
 “Frente a la revelión de los jóvenes”, de Daniel A. Lord, (9), 405.
 Amandi Michael — “Sugerencias Filosófico-literarias” de Vicente Gar-Mar, (6), 290.
 Anzoategui Víctor — “El 2º tomo de la Biblia”, publicación de Mons. Straubinger, (9), 407.
 Castagneto Girela Agustín — “Más allá del nacionalismo”, de Thierry Maulnier, (5), 223.
 Gómez Tagle Mariano — “Vida de Nuestro Señor Jesucristo”, de L. Cl. Fillion, (5), 223.
 Grande Julio del — “Pueblos primitivos de Sudamérica”, Selección y Prólogo de Armando Vivante, (1), 35.
 “Guía del lector del Quijote”, de Salvador de Madariaga, (1), 35.
 “La bolsa”, de Julián Martel, (1), 36.
 “El doble”, de Fedor Dostoievsky, (1), 35.
 Jasminoy Héctor I. — “Descontento creado”, de Romualdo Brughetti, (10), 445.
 M. S. B. — “Historia sintética de la Iglesia”, de Elena Isaac Boneo, (8), 351.
 “¿Un negocio la religión?”, de Francisco Priere, (8), 351.
 “La reconstrucción social según el plan del Papa Pío XII”, (8), 352.
 Popenka Zeithlin Jacob — “Tratado de poesía”, Ediciones Feria, (10), 446.
 Scanavino Julio Alberto — “Voces eternas”, (7), 318.
- Scoltore G. Pedro E. — “Carácter”, de Luis Bertoni Flores, (8), 251.
 “Dibujo lineal y mecánico”, de Severo A. Mantilaro, (9), 408.
 “Carta de un suicida”, de Miguel A. Ronzitti, (7), 318.
 “San Alberto el Magno”, de Alberto Garreau, (10), 445.
 “Diálogo del hombre y Dios”, de Jacques Leclerq, (11), 515.
- SOLIDARIDAD — “El Evangelio y la actualidad” de Mons. De Andrea, (13), 600.
 “Amigos y maestros de la juventud”, de Manuel Gálvez, (14), 625.
 “La política Argentina y el futuro de América”, de Enrique Ruiz Guiñazú, (14), 626.
- Sotomayor Miguel — “Vida de Santa Rosa”, de Leopoldo Marechal, (3), 120.
 “Tenía que suceder”, de Enrique Larreta, (3), 120.
 “Isabel de Inglaterra. Hija de las circunstancias”, de Hilaire Belloc, (3), 121.
 “Magnificat”, de René Bazin, (6), 292.
 “El llamado al sacerdocio”, de Octavio Nicolás Derisi, (11), 515.
 “La tragedia del Marqués de San Carlos”, de Aldo Armando Cocca, (11), 516.
- Tirelli Francisco Miguel — “Don Bosco, amigo de las almas”, de J. B. Francesia, (9), 408.
- Varga Dionisio — “El capital y el trabajo”, de Mons. Miguel de Andrea, (7), 319

SAN - BRA

La botella con Soda
SIN CABEZA

*Que se transforma en sifón
al servir en su mesa*

San - Bra, S. A.

Luis M. Campos 831

Buenos Aires

Si usted se ha resuelto a vestir con
elegancia acuda a la

Casa Hollywood

donde encontrará la

"FAJA HOLLYWOOD"

- la que más reduce
- la que menos molesta
- la única que no se sube

y tenga en cuenta que esta faja es un
invento argentino de casa argentina.

Unica casa de venta:

SANTA FE 1693 — Buenos Aires

U. T. 41 - 4670

Pida en los quioscos o a su diariero el folleto:

“Varsovia en llamas”

de

ENRIQUE BENITEZ DE ALDAMA

Dice en el prólogo **Monseñor Gustavo J. Franceschi**

“En una de las horas más dramáticas de la historia secular de Polonia, cuando después de un mes y más de resistencia los patriotas del general Bor se ven obligados a retirarse bajo la presión alemana, sin que el ejército ruso, situado a veinte kilómetros de distancia, haya querido enviar siquiera alimentos a estos héroes, llega a mí un escrito, compuesto casi exclusivamente de documentos cuya autenticidad no puede ponerse en duda.

El 30 de enero de 1939 el Sr. Adolfo Hitler decía en el Reichstag: “hace 5 años hemos firmado el pacto de no agresión con Polonia. En la hora actual apenas se hallaría una divergencia de opinión entre los verdaderos amigos de la paz acerca del valor de este instrumento. En el curso de los meses inquietos del año pasado la amistad germano-polaca mostró ser uno de los factores de apaciguamiento de la vida europea”. Siete meses después, sin que hubiera cambiado una sola circunstancia exterior, cinco ejércitos alemanes invadían el 1º de septiembre Polonia, y al cabo de un mes, unido en una misma acometida a Rusia con quien había combinado un ataque convergente, el mismo Hitler exclamaba en el Reichstag: “Polonia ha sido barrida de la carta geográfica”. He aquí en dos frases, todo el drama contemporáneo.

Tarde o temprano toda injusticia se paga, y las cometidas con Polonia en la hora actual son innumerables. El presente folleto trae algunas y no vacilo en decir que la mínima parte. Ellas bastan para horrorizar todo corazón no corrompido. Es muy posible que al final de la guerra quede otra vez Polonia disminuída. Será entonces como el grano de trigo de que nos habla la Escritura, que cae en el surco y parece morir en él, pero del que nace mies abundante. El pasaje me da confianza en el porvenir. Y repito aquí las palabras del carmelita Marcos Jandolowicz, fundador de los Caballeros de la Santa Cruz: “Oh Polonia, debes primero caer en polvo; pero como el ave del sol renacerás de tus cenizas, y tu espíritu se convertirá en la luz y ornamento de Europa”.

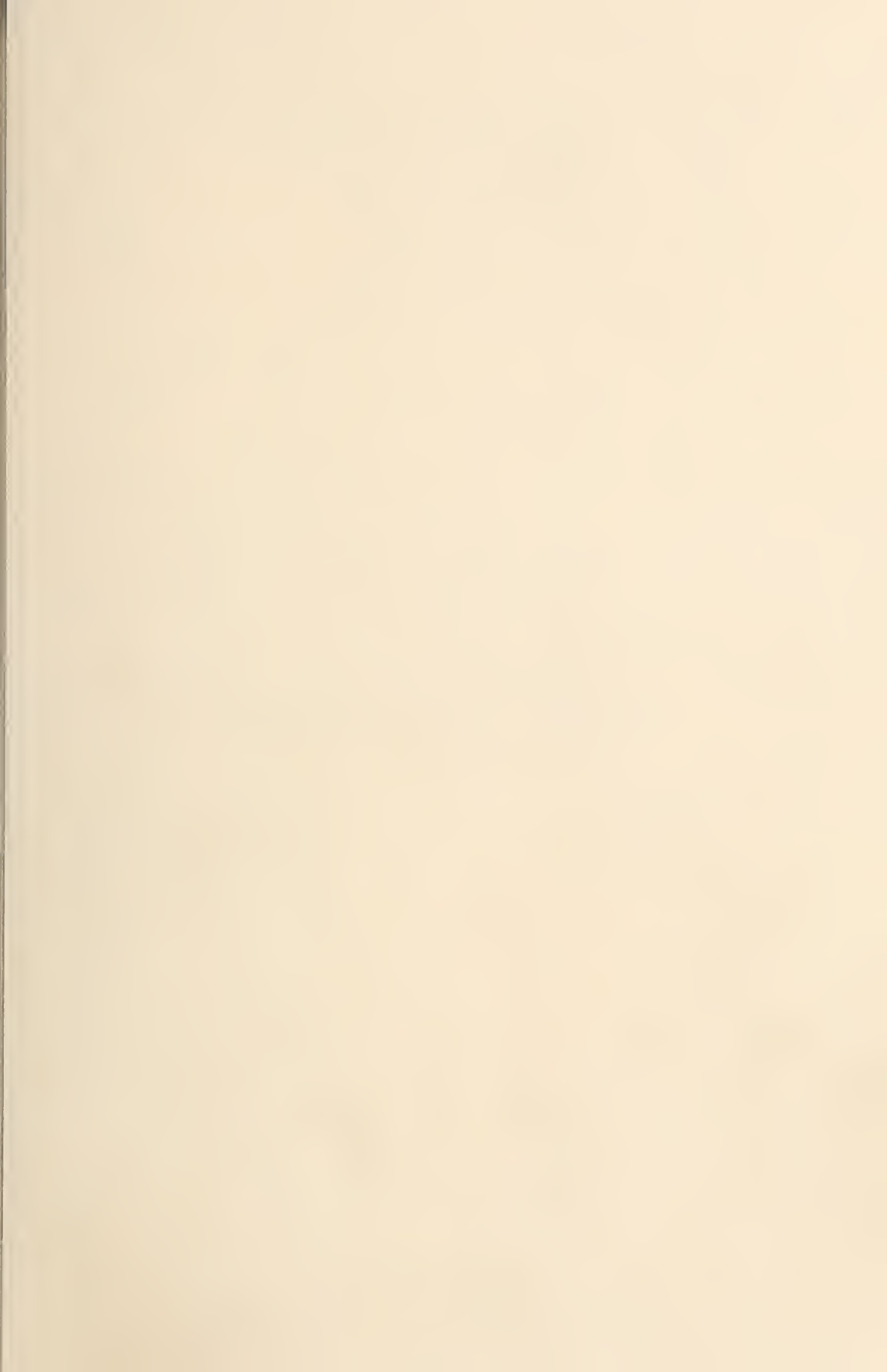
50 páginas densas y documentadas sobre la misteriosa tragedia porque atraviesa Varsovia y Polonia.

Solicítelo a

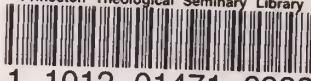
SOLIDARIDAD

Sarmiento 412. Piso 1º

Capital Federal



Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01471 6932

FOR LIBRARY USE ONLY

LIBRARY

